
ALGO DE LEXICOLOGIA.

I.

UN NOMBRE QUE NO ES NOMBRE.

Dice la Academia Española, que el vocablo *SANTIGUADA* es un sustantivo que significa *la acción y efecto de santiguarse*. No me lo persuado. Añade que solo se usa en la forma de juramento *para ó por mi santiguada*; y aquí precisamente estriba mi recelo de que no existe tal sustantivo. Los ejemplos que trae el diccionario de Autoridades son estos: «Calla, que para mi santiguada, do vino el asno vendrá la albarda.» *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. «¿Bandoleros á estas horas? para mi santiguada que ellos nos pongan como nuevos.» Cervantes: *Novela 9*. (1) Y no he logrado encontrar jamás al *sustantivo santiguada* sino en frases idénticas; pero no desempeñando las funciones gramaticales de un verdadero nombre. Lo que veo aquí es simplemente una frase elíptica y en *santiguada* la terminación femenina del participio *santiguado*. «Por mi santiguada,» es decir «por mi *cara* santiguada, por mi *cara* santificada con la señal de la cruz.»

(1) Así cita la Academia.

Bien claro parece en esta frase de Cervantes: «Socarron tamborilero, salid del hospital; si no, *por vida* de mi santiguada, que os haga salir más que de paso.» *Coloquio de los perros*. ¿Tiene sentido *por vida* del acto de santiguarme?

Jurar por una parte del cuerpo ó por su vida ya es cosa muy distinta. Aquí la lengua nos hace dar un salto en el pasado más remoto; y nos trae como una luz amortiguada de las más viejas creencias de la humanidad, del fetichismo y animismo iniciales con todas sus ramificaciones: imprecaciones, exorcismos y conjuros. Aún el juramento en sí, en sus formas más elevadas, arranca de lo más hondo de las creencias primitivas: la virtud misteriosa del nombre, que no debe ser invocado en vano. En cuanto al juramento por una parte del cuerpo parece hoy inexplicable, si no se recuerda una concepcion muy general del hombre primitivo, inepto para el análisis, y segun la cual las propiedades activas ó pasivas de un todo se encuentran tambien en cualquiera de sus partes. La cara, las manos, la barba, el cabello de un hombre poseían sus mismas cualidades, su valor, su arrojo, su generosidad. Spencer lo confirma con abundantes pruebas en el capítulo sobre *las ideas primitivas* (1) y en el que trata del exorcismo y la hechicería. (2) Las formas de suplicacion, parte importantísima de lo que pudiéramos llamar el *ritual popular* de los helenos, para distinguirlo de las ceremonias en que intervenía el culto sancionado, en edad ya bien civilizada, estaban impregnadas de esa idea. El suplicante procuraba tocar la cara ó apoderarse de las manos ó abrazar las rodillas de la persona á quien quería mover y ablandar. A veces ocurre la separacion de estas partes del todo á que pertenecen, y el suplicante las personifica. Hécuba, suplicando á Ulises, le toca la barba y exclama: «¡Oh *barba* querida, respeta mi vejez, apiádate de mí.» Un traductor moderno la hace decir: ¡«Oh tú á quien yo suplico!»! Pero en una nota restablece la leccion verdadera. (3) Más adelante, á los piés de Agamenon le dice: «Agamenon, yo te suplico por tus rodillas

(1) VIII de la Sociología § 52.

(2) XVIII § 133.

(3) *Tragédies d' Euripide*, par M. Artaud; pág. 26, t. 1º

que tengo abrazadas, por tu barba, por tu diestra afortunada.» Y Agamenon procura apartarse y volver la cara, para que no se la toque.

Ahora comprenderémos porqué se ha usado la cabeza para afianzar sobre ella lo que se aseguraba; y por qué esta práctica fué condenada desde temprano por el cristianismo. Jesus en el sermón de la montaña dice: *Neque percaput tuum juraveris.*» *Mateo*, 5, 36. Lo que no impidió que muchos siglos despues en las naciones más cristianas se continuara jurando por diversas partes del cuerpo; ni que, en pleno renacimiento, dos reyes de los más católicos imprecaran á sus súbditos contaminados de heregía nada ménos que invocando las *entrañas* de Cristo. Puede verse esta curiosa fórmula en una ley inglesa de *Felipe y María*, cap. VIII, sect. 31. (1)

En España han sido muy frecuentes estas formas de juramento. Se ha jurado por la frente, por la barba y por la cara. Oigamos al Cid Campeador:

*Por aquesta barba que nadi non messó,
Non la lograrán los ynfantes de Carrion.»*

Cantares del Cid, versos 2833 y 2834.

Y el mismo D. Modesto de Lafuente refiere con toda solemnidad el caso del judío que quiso mesar la barba del Cid muerto, recordando que nadie había sido osado á tocársela en vida. Sancho Panza también juraba por sus barbas. «*Para mis barbas*, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin.» *Quijote*, parte 1ª, cap. 18.

Afirma el doctor Bastus que en algunas provincias de España suele oirse la siguiente imprecacion: «Por ésta que Dios me puso en la cara, me la pagarás;» y el que amenaza fija el índice en la frente.

Por último, y esto es lo más importante á mi aserto, y sirve para confirmar mi conjetura, la cara por si sola era objeto sobre que se atestiguaba. «*Para esta cara* de mulata que se ha de acordar de las lágrimas que me ha hecho verter:» hace escribir Aleman á una esclava en su *Guzman de Alfarache*. Libro 3º, cap. 7º

(1) Cita de Forneron. *Histoire de Philippe II*; t. 1º, p: 55.

Discurría Clemencin que la expresión *por mi santiguada* equivale á «por la cruz con que me santiguo.» *Comentario*, tom. 1º, p. 101. Pero esto tiene todavía ménos encaje.

Si hay quien cite un solo ejemplo en que *santiguada* se use como nombre, ya con el significado que le atribuye la Academia, ya con el que pretende Clemencia, me daré por convencido y tendré por inútiles todas estas observaciones.

Esto no es desconocer la evolución que ha hecho pasar muchos participios, en su calidad de adjetivos, á nombres; sino el negar, por falta de pruebas suficientes, que el participio *santiguada* se encuentre en este caso.

II.

UNA FAMILIA DE VERBOS IRREGULARES.

La clave de las anomalías de los verbos se encuentra, por lo general, estudiando la formación y el desarrollo del idioma. He tenido lugar de hacer una curiosa observación en los verbos en *acer*, *ecer* y *ocer*, respecto á su irregularidad, cuyo origen creo así poder indicar.

Las terminaciones latinas *ascere*, *escere* y *oscere* produjeron por derivación inmediata y por analogía una larga familia de verbos castellanos. Todos ellos, ántes del siglo xvii, hacían sus infinitivos en *ascer*, *escer*, *oscer*. De *pascere*, se dijo *pascer*; de *crescere*, *crescer*; de *cognoscere*, *cognoscer* y despues *conoscer*; de *nascere* (1), *nascer*; de *florescere*, *florescer*; y por semejanza *aborrescer*, *esclarecer*, *establescer*, *fallescer*, *favorescer*, *guarescer*, *guarnescer*, *merescer*, *obedescer*, *ofrescer*, *padescer*, *perescer*, *pertenescer*, *permanescer*, *amanescer*, *enriquecer*, *envejecer*, *resplandescer*, etc. etc.

Conjugando pues regularmente, así como en latin se decía *cognosco*, dijeron en romance *cognosco* y *conosco*. «*Conosco* que la cosa que *parece* me prestastes,» se encuentran en la ley 239 de *El Estilo*. De

(1) Existe esta forma activa: "Ubi germen *nascere* cœperit;" dice Cæton el agrónomo.

parecer, pareco en indicativo, *pareca* en subjuntivo: «El que es emplazado . . . si no da fiadores . . . que lo fien que *pareca*;» en la ley 11 del mismo libro. De *merescer, meresco* y *meresca*: «Despues desta vida por los sus santos ruegos *merescamos* venir á la compañía de los escogidos amen.» Traducción de la *Vida de San Isidoro* por San Braulio. (1) De *perescer, peresco* y *peresca*: «*Peresca* el día en que *nascí*.» Traducción anónima de la carta de San Gregorio á San Leandro. (2) De *crescer, cresco, cresces, cresce*:

«En mí por horas y momentos *cresce*.»

Juan de la Cueva, *Conquista de la Bética*, L. 1º

«Ora descubriendo su *crescida* fuerza é industriosa maña en las intrincadas luchas.» Cervantes, *Galatea*, Lib. 1º (3).

«Los bienes con su apariencia
Crescieron mi sanidad.»

Id. Ibid. L. 3º

De *favorescer, favoreco, favorescia, favorecido*, etc. «Finalmente *fauoresci* á los pobres que podian poco: fuí *fauorescido* de los dioses que podian mucho.» Antonio de Guevara: *Marco Aurelio*. M S.

«Por la gente de Dios *favorescida*.»

Cueva, *Bética*, Lib. 19º

De *aborrescer, aborresco, aborresce, aborresciense*, etc.

«Ellas aman y *aborrescen*

En un hora.»

Hernan Mejía, Cancion.

(1) Se halla en un código del siglo XVI. Biblioteca del Escorial. Rodriguez de Castro, tomo 2º, pág. 276.

(2) Código del siglo XV. *Biblioteca Española*, tomo 2º, pág. 393.

(3) Edición de Rivadeneyra, hecha por la de Alcalá de 1585. No es la de la Biblioteca de Autores Españoles.

De *Galatea* no se entiende que *aborresciere* á Elicio.» Cervantes, *Galatea*, L. 1º

De *esclarescer*, *esclarescido*, etc.

«Aquí pudiera, ó rey *esclarescido*.»

Cueva, *Bética*, L. 20º

De *fallescer*, *fallesce*, *fallescia*, etc.: «Tanto *fallesce* al avariento lo que tiene como lo que no tiene.» *La vida y las costumbres de los viejos filósofos*. M. S. del siglo xv (1). «Cuando quiera que *fallescia* alguno de los grandes de su reino.» Lucio Marineo, *De las cosas memorables de España*, Libro 21º *Guarnescer*: «E aun para *guarnescer* sus caballos é mulas.» *Pragmática* de Segovia de 2 de Setiembre de 1494. De *guarescer*, *guarescen*, *guarescido*, etc.

«Ellas hieren y *guarescen*.»

Hernan Mejía, Cancion.

«A tí, para que sea *guarescido*.»

Cueva, *Bética*, L. 19º

De *padescer*, *padesce*:

«Respondióme: quien *padesce*

A tal plaga por amar.»

Santillana.

De *pertenescer*, *pertenescer*, *pertenescia*, etc. «Como á su estado real *pertenesciere*.» *Capitulaciones matrimoniales de los reyes Católicos* (2).

(1) Citado y analizado por Rodríguez de Castro.

(2) Publicadas por Clemencin en su *Elogio. Memorias de la Academia de la Historia*. Tomo 6º.

«Tal cancion puede cantar
Jamás pues le *pertenesce*.»

Santillana.

Permanescer;

«No *permanesce* siempre en un estado
El bien y el mal.»

Cervantes, *Galatea*, L. 5º

Carescer, esclarescer, aborrescer:

De toda beldat *caresce*,
Ca vuestra *philosomia*
El çentro *esclaresçeria*
Do la lumbre *s'aborresçe*.

Santillana, *Otro Decir. Obras*. Ed. de Amador de los Rios. Página 427.

Y así de todos los demás.

Fuése despues, para suavizar la pronunciacion, eliminando la *s* en los tiempos y persona en que la *c* heria *e, o, i*; de modo que por *conocer, conosci*, se empezó á decir *conocer, conocí*. Pero no pudo sin gran cacofonía descartarse la *s* en las inflexiones en que se articulaba la *c* con *a ú o*, y por otra parte no resultaban difíciles de pronunciar; de donde vino á suceder que se continuó diciendo: *conosco, conosca, conoscoamos*, etc.

Adviértase que, hasta la época señalada, aunque los españoles tenían el signo, carecían de la pronunciacion actual uniforme de la *z*, pues la cedilla no corresponde completamente; por tanto que un español anterior al segundo Felipe no pronunciaba *conozco*, sino *conosco*. Por entónces comenzó la pronunciacion ceceosa actual de la *z* á sustituir á la antigua silbante; y se explica fácilmente el tránsito de la *s* en articulacion inversa simple, como se hallaba en *conosco*, á la ac-

tual z (1). Esta opinion se confirma observando que en Andalucía y la América Española escribimos *conozeo*, pero continuamos pronunciando *conosco*. Además esto pudo suceder también antes del siglo xvii, á causa de la afinidad que entónces existía en la pronunciación de la z y de la s así articulada; por lo que siendo tan varia la ortografía en aquellos tiempos, pronunciando todos del mismo modo, unos escribirían *conosco* y otros *conozeo*, hasta que al fin prevaleció el último uso.

Una prueba palpable de que únicamente la eufonía ha intervenido en la desaparición de la s etimológica, en los tiempos y personas que hoy consideramos regulares, nos la presenta el italiano. En esta lengua se conserva el *cognoscere* latino, sin alteración alguna, y también *conoscere*, *crescere*, *pascere*, *nascere*, etc.; y conjugando, *conosce*, *conosciuto*, etc.; porque se tiene aquí la pronunciación de *ch* francesa ó de la combinación *sch* alemana.

Afirma, no sin pruebas, Friedrich Diez (2), que las sílabas *see*, *sci* se pronunciaban en español á la manera italiana, por la época á que me he referido; pero esto no contraría el hecho que he señalado, ni invalida mis conclusiones; antes bien explica mejor la diversa suerte que ha tenido la s etimológica en los dos grupos de formas de estos verbos: su conservación delante de las sílabas *ca*, *co*; su caída delante de *ce*, *ci*.

Como estas inferencias no descansan en simples conjeturas, sino en hechos que pueden comprobarse con numerosos ejemplos, queda justificado de qué suerte toda una familia de verbos regulares ha venido á ser irregular.

E. J. VARONA.

(1) Juan Lopez de Velasco, autor, segun Nicolás Antonio, de un tratado de *Orthographia y pronunciación castellana*, impreso en Burgcs en 1582, al describir la pronunciación de la z señala en que se diferencia de la ç y su índole silbante. Citado por Friedrich Diez en su *Grammaire des Langues Romanes*. Tomo 1º, pág. 339 de la trad. fr. de Brachet y Paris. Puigblanch asegura que entrado el siglo xvii aún no se conocía la pronunciación ceceosa en las sílabas *za*, *ce*, *ci*. Véase el *Diccionario Etimológico* de Monlau en el artículo, *Zedilla*.

(2) *Grammaire des Langues Romanes*, loc. cit.

ESTUDIOS ECONOMICOS (1).

Puede llevarse la perturbacion á la economía de las Sociedades, por tres rias muy distintas: *Primera*: paralizando su accion de una manera cualquiera. *Segunda*: despojando á los hombres del fruto de su trabajo. *Tercera*: aplicando este trabajo al fomento de obras improductivas ó inútiles.

Al ocuparnos del *Estado* de la *Política*, de la *Libertad del pensamiento*, de la *Libertad de la palabra* y de la *Libertad de enseñanza*, hemos recorrido la primera seccion, es decir, la manera de paralizar la accion de las Sociedades de una manera cualquiera. Esto puede llamarse OPRESION.

Completaremos la tarea que nos hemos impuesto examinando sucesivamente, la manera de despojar á los hombres del fruto de su trabajo, que puede llamarse EXPOLIACION, y los gastos improductivos que se llaman DILAPIDACION.

VI.

EXPOLIACION.

El interés personal es el gran resorte de nuestra actividad. Sin él, nada grande, nada útil podría tener lugar en el mundo. Pero toda

(1) Véase la pág. 289, tomo I, la pág. 5, tomo IV, y la pág. 97, tomo V.

medalla tiene su reverso, y es tambien á las obsesiones del interés personal, á lo que la humanidad debe la mayor parte de sus males. Muy fácil es, por desgracia, explicar este resultado. Si el hombre busca el bienestar, huye á la pena y al dolor. Pero, el trabajo, esta accion que es preciso ejerza el hombre sobre la naturaleza para realizar la produccion, es una pena, una fatiga. Por este motivo, el hombre repugna el trabajo y se somete á él con el único fin de evitar un mal mayor, el de la privacion.

Bajo este punto de vista, pues, el trabajo es un bien.

Otros dicen que el trabajo es un bien *en sí*; que independiente-mente de sus resultados reproductores moraliza al hombre, lo reconforta y es para él fuente de alegría y de salud. Esto es verdad y pone una vez más de manifiesto la fecundidad maravillosa de intenciones finales que la naturaleza ha esparcido en todas las tendencias naturales é invencibles del corazon humano, sin perjuicio de ese sentimiento que hace que no busquemos el trabajo por él mismo, sino muy al contrario, hagamos lo posible para disminuirlo por medio de un resultado definido, y que si por este medio conquistamos algunos momentos de ocio, justo es que los consagremos á nuevas satisfacciones. Por lo demás, bajo este punto de vista, el hecho universal es decisivo. Los esfuerzos que sin cesar hacemos para que la naturaleza nos ayude, prueban hasta la evidencia el deseo muy grande que tenemos de disminuir nuestra pena.

Desgraciadamente no es tan solo sobre la naturaleza donde tratamos de descargar el peso del trabajo; es tambien sobre nuestros semejantes. Y así es que el interés personal, fuente de tantos bienes, engendra y mantiene tambien en el seno de las Sociedades el azote de que vamos á ocuparnos: la EXPOLIACION.

Bastiat ha caracterizado la EXPOLIACION de una manera que no admite réplica: dejemos la palabra al maestro.

«¿Por qué ocuparme de esta ciencia árida, la ECONOMÍA POLÍTICA?

«¿Por qué?—La pregunta es juiciosa. Todo trabajo es bastante repugnante por su naturaleza misma, para que se tenga el derecho de preguntar á qué conduce.

«Veamos, busquemos.

«No me dirijo á esos filósofos que hacen profesion de rendir culto á la miseria, si no en nombre suyo, á lo ménos en nombre de la humanidad.

«Hablo á todo el que considere en algo la *riqueza*.—Entendamos por *riqueza*, no la opulencia de algunos, sino la comodidad, el bienestar, la seguridad, la independenciam, la instrucciam, la dignidad de todos.

«Solo existen dos medios de procurarse las cosas necesarias para la conservacion, para el adorno y perfeccionamiento de la vida: la PRODUCCION y la EXPOLIACION.

«Algunas personas dicen: la EXPOLIACION es un accidente, un abuso local y pasajero condenado por la moral, reprobado por la ley, indigno de figurar en la ECONOMÍA POLÍTICA.

«Sin embargo, por mucha benevolencia, por mucho optimismo que se lleve en el corazon, forzoso es reconocer que la EXPOLIACION, se ejerce en este mundo en grande escala, que se encuentra mezclada de una manera demasiado real y verdadera en todos los grandes acontecimientos humanos, para que ninguna ciencia social, y la ECONOMÍA POLÍTICA sobre todo, pueda dispensarse de tenerla muy en cuenta.

«Voy más léjos. Lo que separa el órden social de la perfeccion, (á lo ménos de toda la de que es susceptible) es el constante esfuerzo de sus miembros por vivir y desenvolverse á expensas unos de otros.

«De manera que si la EXPOLIACION no existiese, siendo perfecta la Sociedad, las ciencias morales no tendrían objeto.

«Voy más léjos todavía. Cuando la EXPOLIACION se ha hecho medio de vivir entre una aglomeracion de hombres ligados entre sí por el lazo social, pronto viene una ley que la sanciona y una moral que la enaltece.

«Basta con enunciar algunas de las formas más caracterizadas que la EXPOLIACION revista, para probar que ocupa un lugar preferente en las transacciones humanas.

«Primero es la GUERRA.—Entre los salvajes, el vencedor mata al vencido para adquirir sobre lo que éste poseía un derecho, si no incontestable, á lo ménos *incontestado*.

«Después viene la ESCLAVITUD.—Cuando el hombre comprende

que es posible hacer producir á la tierra por medio del trabajo, hace con su hermano el siguiente contrato: "Para tí el trabajo y la pena, para mí el producto."

«Luego la TEOCRACIA.—Segun lo que me des ó niegues, de lo que te pertenece, te abriré las puertas del cielo ó del infierno.

«Por fin llega el MONOPOLIO.—Su carácter distintivo es dejar que continúe subsistiendo la gran ley social: «*Servicio por servicio,*» pero haciendo intervenir la fuerza en el debate, y por lo tanto, menoscabo la justa proporción entre el «*servicio recibido*» y el «*servicio devuelto.*»

«La EXPOLIACION lleva siempre en su seno, el gérmen de muerte que la mata. Muy raras veces es el mayor número el que despoja al menor. En este caso, éste se encontraria tan reducido, que pronto le sería imposible satisfacer la avidez de aquel, y la EXPOLIACION moriría por falta de alimento.

«Casi siempre es el mayor número el oprimido, y la EXPOLIACION no escapa, sin embargo, á la sentencia fatal.

«Pues si su agente es la *fuerza*, como en la guerra y en la esclavitud, es natural que la *fuerza*, andando el tiempo, se pase al lado del mayor número.

«Y si es la *astucia*, como en la teocracia y el monopolio, es natural que el mayor número vaya viendo las cosas un poco más claras; de otro modo la inteligencia no sería la inteligencia.

«Otra ley providencial deposita un segundo gérmen de muerte en el corazón de la EXPOLIACION, y es la siguiente:

«La EXPOLIACION no tan sólo hace que la riqueza cambie de manos, sino que siempre la destruye en parte.

«La Guerra destruye muchos valores.

«La Esclavitud paraliza muchas facultades.

«La Teocracia dirige muchos esfuerzos hácia objetos pueriles ó funestos.

«El monopolio tambien hace pasar la riqueza de un bolsillo á otro, pero mucho se desperdicia en el trayecto.

«Esta ley es admirable. Sin ella, mientras hubiera equilibrio de fuerza entre los opresores y los oprimidos, la EXPOLIACION no tendría

límites. Gracias á ella, este equilibrio tiende siempre á romperse, bien sea porque los opresores no tienen conciencia de tal pérdida de riqueza, bien sea, faltando este sentimiento, por que el mal progresa sin cesar, y está en la naturaleza que lo que va de mal en peor ha de concluir un dia.

«Llega un momento, con efecto, que en su movimiento de progresion la pérdida de riquezas es tal que el expoliador es ménos rico que si hubiera permanecido honrado.

«Tal es un pueblo cuando los gastos de la guerra han sido mayores que el botin recojido.

«Es un amo que paga más caro el trabajo esclavo que el trabajo libre.

«Una teocracia que ha embrutecido tanto y tanto el pueblo y destruido su energía, que ya nada puede sacarse de materia tan inerte.

«Un monopolio que ensancha sus esfuerzos de absorcion á medida que hay ménos que absorber, de la misma manera que es mayor el esfuerzo para ordeñar á medida que va secándose la ubre.

«El monopolio, como se vé, es una especie del género *Expoliacion*. Tiene diversas variedades, entre otras la prebenda, el privilegio, la restriccion.

«En medio de las formas que suele revestir, existen algunas sencillas y pueriles. Los derechos feudales, por ejemplo. Bajo este régimen, la mayoría es despojada, y lo sabe. Este abuso de fuerza cae cuando falta la fuerza.

«Otras son muy complicadas. Entónces muchas veces la mayoría es despojada, y lo ignora. Puede muy bien suceder que crea, por el contrario, que todo lo debe á la *Expoliacion*, tanto lo que le dejan, como lo que le quitan, y lo que se pierde en la operacion. Hay más: afirmo que en el curso de los tiempos, y gracias al tan ingenioso mecanismo del «*uso y costumbre*,» muchos expoliadores lo son sin saberlo y sin quererlo. Los monopolios de este género son engendrados por la *Astucia*, y alimentados por el *Error*.

«Desaparecen ante la *Luz*.

«He dicho lo bastante para demostrar que la *Economía política* tiene una utilidad práctica y evidente. Es la *Luz* la que desenmasca-

rando á la *Astucia* y confundiendo al *Error*, destruye este desorden social, la *EXPOLIACION*. Alguien, creo que era una mujer, y tiene razon por cierto, ha definido la *Economía política* de la siguiente manera: «*Es la cerradura de seguridad del pécunio popular.*»

VII.

DILAPIDACION.

Nos queda por examinar la manera que en la sociedad suele emplearse para gastar los productos del trabajo del hombre en obras improductivas ó inútiles, es decir, la *DILAPIDACION*.

El capital es el nervio del trabajo. El capital se forma por medio del ahorro. El ahorro es esa hormiga industriosa que merodea sin cesar sobre nuestra renta, recoge sus más mínimas partes, y las guarda almacenadas hasta que hayan crecido lo suficiente para que vuelvan á la circulacion y produzcan, ellas mismas, una nueva renta.

Miéntas que los unos ahorrañ, los otros gastan; pero como al fin y al cabo, el sentimiento de la prevision domina en mucho al género humano, el capital de la nacion, aumentado por todas esas innumerables afluencias, tomaría proporciones inmensas, si nada viniera á impedirlo; pues esto es lo que por desgracia sucede muy á menudo.

Muy raro es, con efecto, que los intereses colectivos estén tan bien administrados como los intereses privados. Hay razones bastantes para ello, pero una sobre todo salta á la vista. Sólo á fuerza de privaciones de cuidados y de trabajos llegamos á ahorrar algo; por lo tanto, no es extraño que nos cueste mucho soltar lo que con tanta pena hemos recogido.

El Estado, por el contrario, ninguna pena tiene que tomar para llenar sus cajas: todo el trabajo consiste en tomar la pluma y decretar que necesita tal cantidad; y para hacerse obedecer dispone, como es sabido, de una legislacion especial y de la fuerza pública. Sus cajas no pueden quedar nunca vacías; el pueblo tiene que componérselas de cualquier modo, y miéntas viene el dinero se guarda bien de preguntarle cómo y de qué manera lo ha obtenido. No es, pues, extraño que

el Estado tenga el dinero en muy poca estima, y que lo gaste con tanta facilidad, por que poco, muy poco, le cuesta ganarlo.

El Fisco, hé aquí el gran lechuzo de los capitales, el mayor enemigo que tener puede la prosperidad pública.

No sería así ciertamente si emplease con conciencia los recursos que ponemos á su disposicion; si no saliese del círculo de las atribuciones que tiene señaladas, que únicamente consisten en el mantenimiento del orden público y la seguridad de los ciudadanos. Pero este papel modesto no le basta; pretende mezclarse en todos nuestros negocios, y de aquí las necesidades siempre crecientes y la DILAPIDACION de nuestro dinero.

Procurémos hacer más patente esta verdad.

El Estado, en materia de trabajo, es víctima de engañosa ilusion, que consiste en creer que los beneficios del trabajo resultan menos de sus propios resultados que del mismo trabajo, y lo que hace que continúe más y más en su error, es que el público tambien participa de las mismas ideas.

Tomemos un punto de partida.

Dos propietarios vecinos, por ejemplo.

El primero ha heredado de sus padres un terreno pantanoso que nada ó casi nada produce. Nuestro campesino, tratando de aumentar sus rendimientos, comprende que para ello lo único que tiene que hacer es tratar de desaguar su propiedad, y que de esta manera tendrá una tierra de primera clase. Para lograr este fin, ayudado por sus hijos y gracias al pequeño capital que habia tenido el talento de economizar, empieza á construir un murallon para preservarse de las inundaciones periódicas del vecino rio; abre canales y esclusas para el derrame de las aguas, y en poco tiempo, tiene la dicha de ver coronados sus esfuerzos del éxito más completo. Las cosechas vinieron pronto, su terreno había decuplicado de valor, y continuando su trabajo, su economía y acertadas disposiciones, llega á ser uno de los primeros capitalistas de aquellos contornos.

El segundo, por el contrario, vé las cosas en sentido diverso: gasta su dinero más alegremente. Vivienda espléndida, muchos criados y un tren de casa muy costoso, pero abandona sus tierras, escatimando

siempre los gastos que necesitan para producir. Tiene contiendas con los vecinos, y de aquí numerosos pleitos, y además el despilfarro natural producido por la poca vigilancia del dueño. En una palabra, la catástrofe no tarda en llegar. Todo fué embargado y vendido, pasando la mayor parte á manos del primero.

Se dirá, sin duda, que esto no prueba más que una cosa, y es que gastando su dinero con más ó ménos medida puede uno enriquecerse ó arruinarse.

Perfectamente: pero lo que queremos demostrar con nuestro ejemplo es mucho más importante. El que las cosas pasan en la Sociedad lo mismo que en la familia, y que no existe opinion más absurda que la que consiste en decir que solo se necesita procurar trabajo, hacer que el dinero circule de cualquier manera, puesto que el gran beneficio del trabajo consiste en ocupar los brazos, en procurar pan á los obreros, en el modo de emplearlo. Este sofisma se oye todos los días, todo el mundo lo repite, cuando el Estado ó las ciudades emprenden inmensos y costosos trabajos para satisfacer la pasión del lujo y de la vanidad. Lo que se criticaría haciéndolo un individuo, es materia de alabanza haciéndolo el Estado, como si la Sociedad, es decir, la gran familia, tuviera otras y distintas maneras de proceder para prosperar, que la pequeña familia.

Veamos ahora dos pueblos que nos recordarán la historia de los dos propietarios vecinos.

Los Holandeses eran un pequeño pueblo que vivía en los pantanos del Norte, y que llamaban irónicamente: *La república de las ranas*. Se propusieron arrancar su herencia al mar y convertir la marisma en buenas tierras. Pusieron manos á la obra, y al mismo tiempo sus arrojados hijos fueron á buscar nuevos y fecundos veneros de riqueza bajo el sol de los trópicos. Conseguido esto, se convirtieron en uno de los pueblos más ricos, y en los más intrépidos navegantes de Europa.

Sus vecinos, gobernados en aquel entonces por Luis XIV, trataron de disputarles lo que tanto trabajo les había costado, pero la tentativa fué infructuosa. Por poderoso que fuese Luis XIV, los Holandeses habían tenido que habérselas con un enemigo mucho más fuerte: el Océano, y lo habían vencido.

Luis XIV gobernaba la Francia, lo mismo que nuestro segundo propietario su herencia. Como él, tenía magnífica vivienda, innumerables criados y cortesanos, un tren de casa costosísimo, guerra sin cesar con sus vecinos; mientras que á sus pobres súbditos, según los escritores de aquel tiempo, no les quedaba más remedio que alimentarse con yerbas. Así es que acabó como debía necesariamente acabar, y sus sucesores llegaron hasta el cadalso. Y el pueblo hizo tajadas de sus numerosos é inmensos dominios.

Sin duda alguna, en la época de Luis XIV, lo mismo que hoy, no faltaban doctores que se atraían al público, demostrándole por medio de los argumentos puestos hoy también en juego, que gastar muchos millones en levantar el palacio de Versalles, era proteger el trabajo nacional; que despilfarrar el dinero repartiéndolo al sin número de cortesanos, era enriquecer el pueblo que recogía ese mismo dinero; que lo mismo sucedía con todo lo que se gastaba para la majestad real; que, por fin, ningún dinero podía ser mejor empleado que el que producía cosechas de laureles y se convertía en arcos de triunfo. Lo que se decía entonces, se había dicho antes, y por desgracia se dice también hoy. ¡Hé aquí cómo los hombres saben aprovecharse de las leyes admirables que la naturaleza les ha deparado para sacar partido de sus brazos y de su inteligencia! ¡Hé aquí cómo se encuentran presuntuosos que dicen é imbéciles que repiten, que la obra de la naturaleza no es perfecta y que hay que rectificarla, ya que no rehacerla por completo.

Si los ejemplos que acabamos de bosquejar fuesen hechos accidentales, todavía algo podría perdonarse á esos *profundos pensadores*, pero, esta historia, es la historia universal, es la de ayer, es la de hoy.

Fácil nos será demostrarlo.

Interrogad los monumentos y las ruinas amontonadas en toda el Asia; pensad un momento, lo que han costado esos palacios, esas pirámides, esos mausoleos, esos obeliscos, esos templos, esas pagodas, y Tebas y Palmira y Babilonia y Nínive. ¡Qué espantoso despilfarro de fuerzas y de riquezas! Si la felicidad de los pueblos debiera medirse, no por la suma de utilidades producidas, sino por la masa de los trabajos estériles, ciertamente los pueblos hubiesen alcanzado el ideal de

la felicidad sobre la tierra. Pero el trabajo empleado fuera de su fin providencial no produce más que padecimientos y miseria, y esos pueblos hicieron de esta verdad una dolorosa experiencia.

La antigüedad, se dirá, fué la edad de oro de todos los géneros del despotismo. Sin duda, pero su ejemplo hace resaltar mejor las funestas consecuencias de toda infracción de las leyes naturales. Y luego, la civilización contemporánea aunque nos ofrezca contrastes menos irritantes, ¿no tiene nada que enseñarnos?

En el curso de ménos de un siglo hemos visto á un pueblo nacer y desarrollarse en el Nuevo Mundo con una rapidez tan extraordinaria que nada semejante puede presentarnos la historia, y esto ¿por qué?

Porque ese pueblo fué el primero que puso en práctica los principios económicos en toda su pureza, salvo una desgraciada excepcion, que más tarde ha pagado muy cara.

La libertad, aplicada sin restriccion de ningun género á todas las transacciones humanas, ha probado allí lo que era capaz de hacer de una manera tan evidente, que parecería que la Providencia cansada de nuestras aberraciones, quiso dar á la humanidad una demostracion sin réplica de la sabiduría de sus leyes.

Miéntras la América conquistaba y civilizaba el desierto, fundaba poblaciones, abría puertos, carreteras, canales y escuelas, ¿qué hacía la Europa entretanto? El libro intitulado *Victorias y Conquistas*, y el *Libro Mayor* de las deudas públicas, os lo dirán. La América, siempre la América, dicen ciertas gentes; gracias á Dios que ya no nos la sacarán por ejemplo, puesto que ha gastado más dinero y derramado más sangre en tres años que Europa en diez. Muy al contrario, más que nunca deberá citarse como ejemplo la América, pues para que fuese completa la demostracion no bastaba que la verdad económica, la libertad, hubiera hecho sus pruebas; era preciso que el error económico LA ESCLAVITUD, tambien hiciera las suyas, y las ha presentado en efecto, tan sangrientas como desastrosas, es decir, tan decisivas como era posible. En lo sucesivo ya no será solo el desierto conquistado y las ciudades improvisadas lo que abogará en América por el gran principio de la libertad; serán tambien los campos de batalla de Virginia.

Y sin buscar siempre á América, como dicen, ¿no existe un pequeño pueblo, la Suiza, que ocupa un territorio ingrato y montañoso, que no tiene ni puertos ni buques; que tiene por tanto que soportar gastos crecidos de transporte para hacer llegar hasta sus fábricas las materias primas que le hacen falta; que no posee ni hierro ni carbon de piedra, elementos tan indispensables de la industria moderna, y sin embargo, la importancia de su comercio exterior, relativamente á su poblacion, es mucho mayor que la de ningun otro pueblo incluso Inglaterra. ¿De dónde procede esa superioridad? De que el trabajo en Suiza sólo va encaminado á lo útil y provechoso; el Estado no gasta en lujos ni en ejércitos permanentes; ha borrado de sus códigos toda medida y toda ley restrictiva; desenvuelve la habilidad de sus operarios y la inteligencia de sus industriales, por medio de un sistema de instruccion pública más lato y mejor coordinado que en ningun otro país de Europa; en una palabra, está practicando lo mismo que los Estados Unidos de América: LA VERDAD ECONÓMICA EN TODA SU LATITUD. La Inglaterra, que la sigue de muy léjos, y que cuenta todavía tantas miserias, la desarrolla tambien, pero no del todo, puesto que ha guardado en su seno la aristocracia, herencia funesta de los tiempos anti-económicos, lo mismo que la esclavitud; y esta es la ocasion de demostrar el error que padecen los que con el fin de combatir los principios que la *Economía política* sustenta, nos dicen: «Mirad si la libertad y el pauperismo no existen en Inglaterra.»

En efecto, en Inglaterra cada cual tiene libertad completa para trabajar, pero no para gozar del fruto de su trabajo; y lo que coexiste es un pequeño número de expoliadores y un gran número de expoliados.

Hé aquí lo que ha sido esa sociedad durante siglos hasta la ley de Roberto Peel, que inició su emancipacion económica y que es completamente moderna.

La aristocracia inglesa, lo mismo que todas las demás aristocracias del mundo, que necesitan ocupar al pueblo en el exterior para que se mantenga quieto en el interior y no le pida cuenta de sus abusos y privilegios, ha sido en todo tiempo aficionada á la guerra, hasta tal punto, que un lord inglés pudo decir ingenuamente en otro tiempo

que la guerra era uno de los artículos de la constitucion inglesa. De todas esas guerras, la más inícuca y la más costosa ha sido la que hizo á la Revolucion Francesa, cuyos principios, en efecto, no podían ser de su agrado.

Con ese sistema de guerras marchaba al mismo tiempo el sistema colonial, cuyo fin era brindar á los segundones, desheredados en provecho del primogénito de la familia, empleos, sueldos crecidos, y fortunas fácil y rápidamente adquiridas. El pretexto era abrir mercados al comercio; pero esos supuestos mercados, ese monopolio colonial daban por resultado inmediato el hacer pagar á las clases menesterosas por tres artículos solamente, *el azúcar, el café y las maderas de construccion*, VEINTICINCO MILLONES de libras esterlinas más de lo que hubiesen pagado con el comercio libre; sin hablar de los crecidos impuestos que se necesitaban para sostener una poderosa armada y la administracion de las colonias. La mismo sucedía con todos los demás productos coloniales.

Hé aquí la parte exterior. En el interior pagaba á la Iglesia establecida escandalosas subvenciones, con el fin siempre de enriquecer á los segundones que monopolizaban las altas dignidades del sacerdocio, lo mismo que los altos empleos de la marina y del ejército.

En cuanto á los hijos mayores, era la tierra la que monopolizaban y no siendo ésta bastante, quisieron monopolizar tambien el mercado, descartando por medio de crecidos derechos de importacion, los productos similares que podian venir del extranjero; el producto que de esta manera sacaban á las clases laboriosas llegaba, segun el informe presentado en 1839, á más de cuatrocientos millones de libras esterlinas, teniendo en cuenta los efectos indirectos de la ley.

Y no era esto todo: el monopolio de la tierra les aseguraba el monopolio de los asientos en el Parlamento, y se aprovechaban de ello para descartar casi por completo de sus propiedades el impuesto territorial, puesto que sólo representa el veinticinco por ciento de producto total de las rentas públicas.

Toda la carga de los gastos lo soportaba el impuesto indirecto, y por consiguiente, las clases laboriosas por medio de una combinacion más inmoral todavía, si es posible, que todo lo demás. Las cuotas eran

uniformes, en lugar de ser graduadas, segun la calidad de los objetos gravados. Esta es la razon que viene á explicar por qué pesaban más sobre las clases pobres que sobre las clases ricas.

El té de los ricos, *el té fino*, por ejemplo, no pagaba más que un 50 por ciento de su valor: el té de los pobres, *el té ordinario*, pagaba 300 por ciento; *el azúcar refinado* del rico, 34 por ciento; *el azúcar en bruto* del pobre, 90 por ciento; *el tabaco de la Habana*, del rico, 105 por ciento; *el tabaco comun* del pobre, 1.200 por ciento; *el vino fino* del rico, 28 por ciento; *el vino del pobre*, 254 por ciento; y así todo lo demás.

Ya veis cómo la aristocracia inglesa había encontrado el medio de hacer pesar casi exclusivamente, sobre el trabajo las cargas enormes del presupuesto, en el cual figuran los intereses de la crecida deuda originada por la guerra, el más improductivo de los gastos. ¿Es de extrañar que el trabajo padezca, que la miseria aparezca en todas partes cuando la libertad favorecida en otras cosas, recibe tan terrible golpe en el orden económico?

La democracia inglesa ha trabajado mucho para hacer sentir su influencia en los negocios del país, y esa influencia se ha traducido en hechos: las ideas pacíficas predominan; la libertad de los cambios, la emancipacion de las colonias que tantos sacrificios habían costado, pero, durante mucho tiempo todavía las nuevas generaciones tendrán que soportar y liquidar las faltas de los tiempos pasados.

Hoy dia trabaja aún más la democracia inglesa: el sufragio se extiende á cada paso; los *meetings* ponen de manifiesto las aspiraciones del pueblo; la cuestion irlandesa se impone; la cuestion de Egipto; la cuestion de Oriente; la marcha de Rusia hácia la India, la preponderancia de los mares seriamente disputada; todo esto ha de dar necesariamente que pensar mucho á la aristocracia inglesa, que del propio modo que cuando las reformas económicas de Roberto Peel, está hoy en peligro. Es de esperar que los hijos, tomando el ejemplo de sus padres, bajarán la cabeza ante los hechos consumados, y seguirán la corriente del siglo, si quieren evitar mayores y tal vez irreparables males.

Lo mismo sucederá á todos los demás pueblos que lleguen pro-

gresivamente á ser los árbitros exclusivos de sus destinos. Los Americanos pudieron desde un principio aplicar los verdaderos preceptos, porque no tenían que liquidar las faltas cometidas anteriormense, no tropezaron con costumbres, con prevenciones, con errores inveterados, con derechos adquiridos, ni con deudas enormes. Es de sentir ver hoy día á ese pueblo cambiar de rumbo y abandonar un sistema que tan fecundos y provechosos resultados ha producido.

Nosotros tenemos la firme conviccion de que el sentido práctico de los Americanos acabará pronto con tales procedimiosos, y que fija la vista en lo que hicieron sus mayores, comprenderán como ellos que trastornando la corriente natural de las cosas, sustituyen á la marcha regular de un mercado libre los sobresaltos de una produccion artificial, las sorpresas de unas leyes de Aduanas modificadas sin cesar: hé aquí las únicas y principales causas de la crisis que la mayor parte de los países, por no decir todos, tanto del viejo como del nuevo mundo, están atravesando en la actualidad **TODAS LAS NACIONES QUIEREN VENDER; NINGUNA QUIERE COMPRAR.**

No falta quien diga que el principio en sí es la causa primordial del grave malestar que experimentamos, pero, ¿es justa tamaña acusacion? Nosotros contestarémós que el mal es obra de los hombres: no consecuencia de los principios.

EUGENIO AMADIS.



CARTAS

DE LA CORRESPONDENCIA DEL SR. D. JOSE VALDES FAULI.

II

DE OLÓZAGA Á VALDÉS FAULI.

Madrid, 27 de Octubre de 1862.

Sr. D. José Valdés Fauli.

Mi querido amigo: ¿Qué significa tanto silencio? Hace dos correos que no tengo cartas de usted. Felizmente, el último correo me escribió Ferrer, y es seguro que á estar usted malo me lo hubiera dicho. Pero si por esto no me alarma su silencio, lo comprendo ménos estando bueno.

En otra ocasion no se lo diría á usted por no parecer exigente, mas ahora no tengo ese reparo, porque sabe usted que le tengo pedidos ciertos datos, y que estamos en la época de cumplir la promesa.

Se acerca el dia de abrirse las Córtes, el Gobierno, á juzgar por lo que dicen *La Correspondencia de España* y *La Epoca*, no piensa cum-

plir su palabra de proponer las reformas de Cuba, y mi hermano se va á hallar en el caso de cumplir la suya. ¿Y cómo, sin la ayuda pedida y ofrecida?

Pero áun cuando no hubiera usted tenido los datos que esperamos, me cuesta trabajo el creer que no me haya escrito. Me tiene usted muy mal, ó mejor dicho, muy bien enseñado, y por eso me inclino á pensar que se habrá extraviado alguna carta.

Incluyo á usted en ésta dos artículos de *Las Novedades* que me han parecido muy buenos y convenientes.

Aquí se va formando atmósfera, siguiendo la frase del día, contra las reformas de Cuba, y es preciso contrarestar los esfuerzos de los absolutistas.

Tambien hay que tener en cuenta con qué facilidad se olvida una cuestion como esa, porque si bien es muy importante, no es tan urgente como otras ni influye tanto en la suerte de las personas, que hoy es aquí y en todas partes lo capital. Por lo mismo, «á Dios rogando y con el mazo dando».

Espero con impaciencia el correo próximo para ver si tengo carta de usted.

Que haya salud en toda la familia, y que siga queriendo como hasta aquí á su buen amigo.

Madrid, 27 de Noviembre de 1862.

Mi querido amigo: Curiosa por demás es la historia de esa carta que promete ser casi tan famosa como la magna de Inglaterra. Sobre ella escriben de ahí algunas que están chorreando sangre. El epíteto más suave es el de filibustera, independiente y revolucionaria. Parece mentira que tales cosas haga ver el temor de que llegue á plantearse en Cuba un régimen liberal y justo.

Y el caso es que tan guardada la tenía yo para enseñársela á mi hermano cuando viniera, que no he podido dar con ella.

Apenas hemos podido hablar á solas, porque como recién venido

no le dejan en paz las visitas, pero habiéndole preguntado si habia recibido los papeles que usted me anunciaba, me han respondido que no ha llegado á sus manos ni uno solo. ¿En qué consiste ésto? De seguro que no será en usted, cuya formalidad tengo tan conocida, pero sea en quien fuese, es de sentir la falta.

Algo podrán suplirla las noticias de mi vecino D. José Miguel Angulo, abogado que ha sido en Matanzas, de quien creo haber pedido á usted informes que ya juzgo innecesarios, porque me llevaria chasco si no fuese honrado y liberal. Pienso ponerle en comunicacion con mi hermano.

Espero con impaciencia y aún con cierta zozobra la noticia de los primeros pasos que dé Dulce en su marcha política. Los que condenan la que ha seguido Serrano, le aguardan con esperanza de que adoptará otra muy distinta. ¿Se realizarán? ¿Lo persuadirán los absolutistas? ¿Caerá en la manía, tan comun en los gobernantes, de hacer lo contrario que su predecesor? Sin embargo, Dulce no es amigo de camarillas, al ménos no lo ha sido, y ésto me tranquiliza. Dulce conocerá que son muy justas las aspiraciones de Cuba, y que si ha de ser *fidelísima*, es preciso que esté *contentísima*.

No he visto la exposicion de ese Consejo, cuya firmeza en defender sus atribuciones es muy digna. Siento que no haya tenido conocimiento de ella el autor del adjunto artículo que hoy publica *Las Novedades*, porque la ocasion era oportuna para entrar en la cuestion promovida por el Consejo.

Aquí va quedando bastante aislado el Ministerio. Sin embargo, no veo que peligre su existencia porque está bien en Palacio, y mayoría de votos le sobra. Si llegase á caer, sería su sucesor Prim, que goza de gran favor con la Reina.

Ayer me visitó el Sr. Mendive, á quien encontré en Florencia. Ahora se marcha á Paris y para Marzo á la Habana.

Consérvese usted bueno y sea tan amigo mio como lo es suyo.

Madrid, 12 de Enero de 1863.

Mi muy querido amigo: Ayer pasé el dia con mi hermano y otros amigos en Aranjuez, y á la hora en que escribo no sé si ha habido al-

teracion en el pensamiento de disolver las Córtes. No es fácil decir quién pierde y quién gana con esta medida, que así puede ser fatal como salvadora para la gente ministerial, pero lo que puedo asegurar á usted es que Cuba ha perdido más que nadie con esta crisis. Es probable que á estas horas mi hermano hubiera hecho su interpelacion en el Congreso, y como O'Donnell estaba de acuerdo en conceder la libertad de imprenta y la eleccion popular de los ayuntamientos juntamente con el ensanche de sus atribuciones, áun cuando no se consiguiera más por ahora, no era poco. Tambien Serrano estaba en apoyar la interpelacion de mi hermano.

Paseaba éste hace dias con el diputado demócrata Figueras, cuando se acercó aquél y les dijo que si no iban conspirando contra el Gobierno, tendría gusto en pasear con ellos. Mi hermano aprovechó la ocasion y en todo el paseo no hablaron más que de Cuba. Con todo lo que dijo mi hermano estuvo conforme Serrano, que mostró los más vivos deseos de hacer algo por Cuba, y le rogó que le aludiera al hacer la interpelacion para tomar parte en ella. Ya ve usted, mi querido amigo, si teníamos motivos para confiar en que iba á hacerse algo bueno. En la conversacion sacó mi hermano á relucir el nombre de usted, y Serrano se mostró grande apasionado del Rector de la Habana, contando que le habia dejado el tintero que habia usado durante su mando. Ya tenía yo noticia de ésto por Villaescusa.

Solo quedaba un punto por arreglar: si se ha de establecer un Consejo parecido al del Canadá, ó si ha de estar Cuba representada en Córtes. Ya sabe usted nuestra opinion, y veo por su última carta que tambien es la suya y la de la mayor parte de los cubanos. Sin embargo, en la última conferencia que tuvimos con los que hay por acá, quedamos en que mi hermano manifestaria su predileccion por el Consejo, pero añadiría que si ofrecia dificultades su creacion, Cuba se contentaria con enviar diputados á las Córtes. Mas despues de esta conferencia, me habló Echeverría sobre esto mismo, y quedamos en reunirnos otra vez para tratar nuevamente la cuestion. La verdad es lo que usted dice: el Consejo sería lo mejor, pero se teme que ese sea el modo de llegar ántes á la emancipacion. Asusta ménos la representacion en Córtes, y como yo estoy por lo que sea más hacedero, mi

opinión será que nos contentemos con ella. Mas por ahora todas estas esperanzas quedan aplazadas con la inoportuna crisis ministerial, y Dios sabe cuándo se realizarán. Lo primero y más difícil es que mi hermano vuelva á las Córtes. Todos los ministros y con especialidad el de Gobernacion, han de hacer cuanto puedan por impedirlo. Como no sea en Madrid; no se conseguirá. Solo aquí se puede luchar contra tanto indigno manejo como suele emplear el Gobierno, y áun aquí es el triunfo muy dudoso. Por eso desearia yo mucho que este Gobierno se decidiera á continuar con estas Córtes, mas no es de esperar, porque áun cuando tiene mayoría no se atreverá á arrostar la discusion en la que de seguro saldria peor que nunca.

Yo no pierdo la esperanza de que salga diputado mi hermano ó algun otro que provoque la cuestion, y como la causa es tan buena, triunfaremos más tarde ó más temprano.

Me voy á tomar la libertad de dar á usted un consejo. No créese usted conveniente mantener á Serrano en sus buenas disposiciones? Pues nada se perderia en que le escribiera usted dándose por enterado de la conversacion que tuvo con mi hermano, agradeciéndole los términos en que habló de usted y los deseos que mostró de dotar á Cuba de instituciones liberales.

Entre tanto no están ustedes mal, porque si bien Dulce no es tan agasajador como Serrano, gobierna bien y sobre todo procura sinceramente acabar con la trata. Esto solo vale para mí más que todo cuanto hayan hecho sus antecesores. Como su opinión vale mucho para O'Donnell, es preciso contribuir á ilustrarle sobre el verdadero estado y las aspiraciones de Cuba.

Pienso dar al Sr. Bona el artículo de *El Siglo*, para que se saque el partido conveniente.

Cuídese usted mucho y cuide á su familia. Por mi parte siempre fuerte, y siempre queriendo á usted mucho su buen amigo.

Madrid, 27 de Enero de 1863.

Mi querido amigo: En cambio de los pocos renglones que me escribió usted al marcharse al campo, quisiera yo escribirle una larga

carta, pero como preveo que no me han de dejar los litigantes, procuraré condensar mis noticias para que no se quede ninguna en el tintero. Y anuncio á usted desde luego que no son malas.

Supongo que aguardará usted con impaciencia la llegada de este correo, para saber qué respondió el Gobierno á las preguntas hechas sobre el sistema seguido y que ha de seguirse en Cuba. Pues ni Rive-ro ni mi hermano obtuvieron la menor respuesta. ¿Sería calculado este silencio ó deberá atribuirse á las preocupaciones del Gobierno sobre otros puntos que afectaban á su existencia ministerial? Me inclino á creer esto último, pues no estaban los ministros para pensar en cosas tan lejanas.

Por este correo se enterará usted de la crisis ministerial que siguió á la discusion en que se pronunciaron esos discursos no contestados, y de la manera con que ha terminado. Seguro estoy de que usted y todos los cubanos celebrarán la entrada de Serrano en el gabinete. Yo la deploro como español, porque solo donde domina el militarismo podría ser Ministro de Estado un hombre tan ignorante como él en la materia, y además porque en la cuestion de Méjico representa intereses y principios que ni son liberales ni españoles. Pero como amigo de Cuba tambien celebré su nombramiento. Si en efecto era sincero al ofrecer á ustedes su apoyo para liberalizar el régimen de Cuba, podría servir de mucho su presencia en el Ministerio. Todavía no puedo decir á usted si el Ministro de Estado sostendrá lo que ofreció el Capitan General.

Viendo mi hermano que para arrancar una respuesta clara y decisiva del Gobierno, es preciso provocar una discusion especial sobre los problemas de Ultramar, ha resuelto acudir á una interpelacion. Antes de anunciarla en el Congreso, creia prudente el tener una conferencia privada con Serrano, y ya el otro dia empezaron á hablar, pero estaban en los pasillos del Congreso y al momento los interrumpieron. Sin embargo, esta conferencia no tendrá ya mucha importancia porque ayer tuvo mi hermano una muy interesante con el Presidente del Consejo de Ministros.

En verdad que como D. Leopoldo y mi hermano no suelen cruzar la palabra (y más que palabra parece espada) sino en el salon, chocan

ba á muchos diputados el verlos hablar privada y al parecer amistosamente largo tiempo en el salon de conferencias. Pues fuera de las primeras palabras que versaron sobre la manera que mi hermano tiene de tratarle, todas las demás fueron sobre y para Cuba.

No es posible que en una carta refiera yo á usted todo lo que pasó entre estos dos hombres tal como anoche me lo contó largamente mi hermano, pero desde luego anuncio que ha de ser favorable para Cuba esta inopinada conversacion en la cual reinó un tono muy amistoso.

Justamente porque hablaban amistosamente, creyó mi hermano que debia anunciar su proyectada interpelacion, y con esto entraron en materia. O'Donnell, por su parte, no solo mostró su conocimiento de Cuba sino disposiciones bastante favorables. Queriendo mi hermano aprovecharlas, y en la imposibilidad en que se halla por falta de datos de redactar un plan general de gobierno para las provincias ultramarinas, dijo que por ahora se limitaria á pedir tres cosas:

1ª Libertad de imprenta, tanta cuando ménos como la que se disfruta en la Península. En su opinion debia ser absoluta, sin más que dos limitaciones, que son la cuestion de nacionalidad y la de esclavitud, pero sin comprender en esta la trata contra la cual ha de poder escribirse libremente. Los argumentos que alegó en favor de la libertad de imprenta no tienen respuesta, y O'Donnell, que sabe cuántos abusos se cometen en Cuba y cuán imposible es que lleguen á noticia del Capitan General sin libertad de imprenta, convino que ésta es el único freno que pueda evitarlos ó corregirlos.

2ª Ayuntamientos elegidos popularmente, es decir, por cuantos tienen interés en la buena administracion municipal, con amplias atribuciones y facultades para administrar.

3ª Un Consejo Colonial con facultades legislativas.

Sobre estos tres puntos discutieron con franqueza y con deseo de venir á un acuerdo, y la conversacion terminó diciendo O'Donnell: «Me va usted convenciendo, pero quiero pensar, ya diré á usted mi resolucion y celebraria mucho que estuviéramos de acuerdo». Mi hermano mostró el mismo deseo y quedó en aguardar su respuesta ántes de anunciar en el Congreso su interpelacion. Y anoche me dijo que si se

pasaran muchos dias sin dársela, se lo recordará á O'Donnell y obrará segun sea su contestacion.

Y yo doy á usted cuenta de ésto sin ocultarle que lo miro como un suceso importante y feliz para Cuba, mas al mismo tiempo sentiria que concibiese usted esperanzas cuya realizacion está sujeta á mil contingencias. La situacion del Ministerio es muy delicada y de un momento á otro pueden ocurrir complicaciones que dilaten ó perjudiquen la solucion de la cuestion cubana. Tendria que escribir mucho para dar á usted una idea de lo que va ocurriendo en este enmarañado campo de la política. Solo diré á usted que no soy de los que confian en que la Reina llame á Prim para reemplazar á O'Donnell. Más probable me parece que cuando éste llegue á caer le suceda un Ministerio moderado puro, sin que por ésto crea imposible que le llegue su vez á Prim.

Volviendo á la conversacion de O'Donnell y mi hermano, diré á usted que hablaron de Dulce. Por lo que usted me escribe y tambien otros, veo que Dulce les parece muy sério. Lo es, en efecto, y lo parecerá más despues de Serrano, que es un andaluz completo, pero crea usted, es hombre de más firmeza, de más capacidad y de más dotes que Serrano aunque no tenga tanto talento de sociedad. O'Donnell le quiere entrañablemente y al marcharse le dijo: «Vea usted cómo está aquello, estúdielo usted bien y dígame lo que se ha de hacer.» Es, por lo tanto, muy importante la opinion de Dulce, y aunque él obrando como debe obrar se muestra retraido para no caer en poder de ninguna camarilla, conviene aprovechar las ocasiones que se presenten de hacerle conocer las necesidades y los deseos de Cuba.

Hablando de ésto me dijo mi hermano anoche, que podia usted verle de nuestra parte y áun darse por entendido de su conversacion con O'Donnell.

Usted hará de esta carta el uso que le parezca. Ni quiero que los cubanos esperen más de lo que acaso se haga, ni tampoco que desesperen. Me gusta más bien pecar de corto que de largo en esto de promesas.

A usted se lo cuento todo con la franqueza de hermano más que de amigo, pero áun á usted mismo, siguiendo mi carácter, lejos de aumentar rebajo lo bueno que dijo O'Donnell.

Quiera Dios que en el próximo correo pueda decir á usted algo más importante. De todos modos creo que en poco tiempo hemos ganado mucho lo que deseamos mantener á Cuba unida á España por los lazos del amor, más fuerte siempre que los del miedo.

No tiene tiempo para más su buen amigo.

Madrid, 12 de Marzo de 1863.

Mi muy querido amigo:

.....

 Queda usted absuelto del grave pecado que cometió, creyendo á mi hermano capaz de decir nada que no sea liberal y conforme con sus antiguas opiniones.

Tengo que sacar á usted de un error. Si yo me sonreí al leer los escrúpulos de usted sobre el peligro que pudiera correr interviniendo en la publicacion del artículo sobre la trata, no es porque respire otra atmósfera y no comprenda lo que ahí pasa, sino porque todo lo que ahí pasa y ha pasado no tiene comparacion ninguna con lo que hemos pasado nosotros. Ahora mismo hemos estado expuestos á sufrir nuevas persecuciones, y léjos de temerlas las deseábamos y celebrábamos el advenimiento de Narvaez que tanto nos ha hecho sufrir. Aquí no respiramos todavía el aire de la libertad, y la poca que tenemos nos ha costado muy cara. ¡Quiera Dios que Cuba no pase nunca por lo que ha pasado España, y que los liberales cubanos no compren á tanto precio su libertad! No crea usted, amigo mio, que en ésto haya fanfarronada. Pero dejemos ésto que daría lugar á largas reflexiones y dolámonos de la caída de O'Donnell y Serrano.

Cuando escribí á usted mi última carta estaban ya en el suelo, y aunque lo supe á tiempo de poner una postdata, no quise dar á usted tan mala nueva. Para Cuba ha sido un suceso fatal. Dios sabe cuándo se presentará una ocasion como ésta en que dos Ministros que han

mandado en Cuba estaban dispuestos á concederla todo lo que mi hermano pedia. Y si D. José de la Concha lleva adelante su propósito de crear para sí el Ministerio de Ultramar, no hay que tener la menor esperanza. ¿Lo logrará? ¿Se afianzará en este Ministerio? Díficil es pronosticar con acierto. Por ahora nadie da grande importancia á este Ministerio, pero yo temo que dure más de lo que muchos piensan.

Echeverría me dijo que estaban ustedes preparando una exposicion pidiendo derechos políticos. Eso me parece bien. Por ese camino hemos de llegar al fin. Otro cualquiera sería peligroso.

El Sr. Angulo ha ido por unos dias á Barcelona. Su hijo procura ilustrar su nombre y su patria.

Le quiere como siempre su buen amigo.

Madrid, 27 de Marzo de 1863.

Mi querido amigo: ¿Lo ve usted? ¿Tenía yo razon para decirle cuando fué Dulce, que no perderian ustedes en el cambio? Es verdad que no busca como Serrano la popularidad, que no tiene ciertas cualidades agradables y andaluzas, pero yo soy riojano como Dulce y estoy por lo positivo.

Sin embargo, mi entusiasmo no raya tan alto como el de usted y no apruebo la arbitrariedad áun cuando sea para castigar á los malos. Si los jueces no inspiran confianza, que proponga su separacion.

Y si tiene tan buenas ideas en punto á libertad de imprenta, ¿por qué no permite que se impriman los discursos de los diputados?

Anuncié á usted en el correo pasado que probablemente le escribiría mi hermano, y, en efecto, le escribió, enterándole de lo que tenía convenido con O'Donnell, y pidiéndole que estudie eso como él puede hacerlo. Es posible que como ya han entrado ustedes en materia y por lo visto, le ha caido usted en gracia á mi paisano, él le enterará del contenido de esa carta.

Dígale usted que escribo antes de haber leído á mi hermano lo que de él me cuenta usted y que estoy seguro de que le ha de causar gran

satisfacción el saber que ve las cosas de Cuba lo mismo que nosotros.

Escribo á usted á escape, porque he querido echarla de gran señor siendo un pobre abogado y ahora la estoy pagando. Me convidó Prim á pasar unos dias en su castillo de los montes de Toledo con mi hermano y otros progresistas, fuí y estaba muy divertido cuando tuve que abandonarlo precipitadamente para llegar á tiempo á la vista de un pleito de esa tierra, y ahora me comen los papeles que han entrado en mi ausencia.

No sé si es usted amigo del señor Bruzon, pero sé que lo es usted mio y que participará de mi alegría por haberse ganado el recurso de Bruzon contra una sentencia inicua.

Cada vez siento más la caída de O'Donnell, por ese pais. Si fuera cierto que los progresistas estaban próximos al poder, ellos lo arreglarían, pero yo no lo creo aún cuando ya no lo considero tan imposible como antes.

En fin, siempre es bueno que entretanto estén ustedes mandados por un liberal. Goza además de mucha autoridad aquí y sus informes serán muy atendidos.

Sea, pues, enhorabuena, y recordándole mi afecto cuando usted le vea, queda suyo de todas veras su amigo.

Madrid, 12 de Octubre de 1863.

Mi muy querido amigo: Mi enferma sigue lo mismo y yo trabajando, aunque en vano, para llevar con resignación la desgracia que ha de llegar un dia, por fortuna todavía no cercano.

Mucho siento el percance del amigo Echeverría. Es hombre que vale mucho, y si todos los cubanos fueran como él, hace tiempo que la suerte de su pais sería muy distinta.

En los periódicos verá usted la discusión que han provocado los últimos sucesos de Santo Domingo, y cómo hay quien tiene valor para proponer que no abandonemos una tierra donde nuestro mal gobierno solo puede producir desastres para sus habitantes y descrédito y gas-

tos para nosotros. En parte esto es bueno para Cuba, porque así se fija más la vista en ese país y se discute sobre su administracion, y si no se pone se pide al ménos el remedio para sus inveterados males. Desgraciadamente no lo veo cercano mientras gobiernen hombres cuyas preocupaciones solo pueden compararse con su vanidad.

No quiero hablar á usted de los mejicanos. Me habia reconciliado con ellos por su resistencia en Puebla, pero aquella grotesca y cobarde rendicion me hizo volver al desden con que ántes los miraba. Creo, sin embargo, que no verán realizado sueño los reaccionarios. Y eso sin contar con la parte que puedan tomar en la cuestion los Estados Unidos, si llegan á desembarazarse de la sangrienta y porfiada guerra en que con deleite de los enemigos de la libertad se han empeñado.

Hoy concluye en este desventurado país la farsa electoral. Cuanto dicen los periódicos de la oposicion sobre ella es completamente cierto.

Cada dia estoy más contento de la resolucion que hemos tomado. Es preciso que llegue á ser verdad el sistema representativo ó que sigamos alejados de los farsantes.

La eleccion de mi hermano era segura por más de un distrito y la mia tambien. Uno y otro nos hubiéramos consagrado á la defensa de nuestros principios hollados en el gobierno de Cuba.

Doy á usted gracias por el cuadro estadístico que me traia mi inolvidable amigo.

A Villaescusa, que marcha por este correo, le encargo dé á usted un abrazo de mi parte.

Que le deje á usted descansar el plan de estudios, y que en toda su familia haya tanta salud como le desea su amigo.—*José de Olózaga.*

(*Se continuará.*)



HISTORIA DE LA ESCLAVITUD

de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países
Hispano-Americanos.

APÉNDICE. — DOCUMENTOS.

Estado de la población blanca y de color de la isla de Cuba en 1839.

Triste es en verdad la situación social de esta hermosa Isla. Sus envidiadas riquezas están tan expuestas á desaparecer al más ligero vaiven, que casi pueden compararse á los tesoros que nuestra fantasía nos regala ensueños. La naturaleza de su origen es por otra parte tan odiosa, tan contraria á todo principio de honesto trabajo y honrada granjería que no dudo que desaparecerá su fundamento actual, es decir, la esclavitud de los negros, dentro de muy pocos años, á esfuerzos de la Gran Bretaña y la Francia, que al cabo han adoptado como política de sus Gabinetes, la abolición de la esclavitud africana. Y lo peor es, que á pesar de las desinteresadas amonestaciones del patriotismo, ni nuestros hacendados, ni nuestro Gobierno alcanzan á ver este próximo efecto de la opinión general del mundo civilizado, y de todo hombre que haya cultivado medianamente su entendimiento y su corazón. La opinión pública, lastimosamente extraviada en Cuba, en cues-

tion tan importante, no puede ser rectificada, porque no hay medio legal de hacerlo, y llega á tal desvarío el error, que cada vez que se ha susurrado que el Gobierno de España iba á tratar de hacer efectiva la prohibicion de la trata, conforme á los convenios que celebró con Inglaterra, se alarman todos y no ven sino la ruina y destruccion de Cuba, en lo que debieran mirar su salvacion y prosperidad futuras. La poblacion blanca, por efecto necesario del establecimiento de la esclavitud no se aumenta ni medra en las proporciones que debiera por la inmigracion de europeos, sacándonos siempre considerable ventaja en este ramo la raza africana: y gracias á que los cruceros ingleses en estos últimos años con sus redoblados esfuerzos han disminuido algo la introduccion de negros bozales. Véase el siguiente estado, cuyos datos se han sacado del *Diario de la Habana* y del libro de entrada de embarcaciones de la Lonja Mercantil, en que se ponen los buques procedentes de Africa *en lastre y al Capitan*; y en que se indica el número de toneladas de cada uno, por donde hemos podido calcular el número de negros que han traído de las Costa de Guinea, á razon de $2\frac{1}{2}$ negros por tonelada:

PUERTO DE LA HABANA.

<i>Años.</i>	<i>Buques de Africa.</i>	<i>Sus toneladas.</i>	<i>Número de negros.</i>	<i>Pasajeros blancos.</i>
1835	47	6097	15242	5708
1836	41	5633	14082	8061
1837	29	4896	12240	7797
1838	32	4198	10494	6319
1839	31	4398	10995	7318
	180	25222	63055	35203

Adviértase que este estado se refiere sólo á la Habana, de donde como se ha visto salen anualmente para Africa por término medio 36 buques, que nos introducen por igual término 12,601 negros, y no he-

mos contado á Matanzas de donde se despachan de 15 á 20 barcos por año, ni á Trinidad, ni á Cienfuegos, ni á Santiago de Cuba, por cuyos puertos entrarán lo ménos otros 12,000 bozales. Tambien hay que atender á que por el puerto de la Habana es por donde entran más europeos—y que á pesar de eso en 5 años ha habido 27,852 negros sobre los 35,203 blancos que hemos recibido.

Las causas de esta diferencia en nuestra contra son muy conocidas. Uno de los más tristes efectos de la esclavitud, tal cual la conocemos aquí, es que envilece el trabajo corporal; siendo este trabajo el único capital con que cuentan las clases proletarias en todas partes, y teniendo precisamente que acudir á él para mantenerse, vendrian á Cuba infinidad de brazos libres que hoy están ociosos en Europa, como van á los desiertos de los Estados Unidos si, al llegar aquí, no se vieran condenados á confundirse con la raza esclava y maldita para labrar la tierra en los campos ó para servir de criados domésticos en las ciudades. No hace muchos años que en el *Diario de la Habana* se anunció con entusiasmo por un patricio ilustrado la acertada resolución del dueño de un ingenio (Sucrerie), de encargar á Castilla la Vieja, provincia de su nacimiento, 30 ó 40 paisanos suyos para que le sembrasen caña en su finca por un módico jornal; pues sucedió que á pocos dias del anuncio salió como un rayo otro castellano viejo con otro remitido al *Diario*, poniendo de vuelta y media al hacendado y diciéndole que todavía no estaban tan envilecidos los honrados segadores de Castilla para que se rebajasen á trabajar apareados con los negros esclavos de la isla de Cuba. Y por eso lo primero que hace entre nosotros un laborioso y económico menestral con sus cortos ahorros, es comprar un esclavo á quien enseñar su oficio, para emanciparse él—no sólo de la molestia—sino de la vergüenza de ejercitarlo con *sus propios manos*. En el particular no hemos adelantado más que los amos griegos y romanos y los señores feudales de la Edad Media. Y si en Europa se experimenta todavía el efecto duradero y prolongado de las mismas causas, ya de mucho tiempo atrás destruidas por la civilización moderna, ¿cómo un país que mantiene hoy todavía vivas y en su mayor vigor dichas causas, no ha de sufrir con toda su intensidad sus efectos? En cualquier tiempo y país unas mismas causas producen idénticos efectos,

Por otra parte, los dueños de fincas rurales acostumbrados al fácil manejo con que gobiernan sus rebaños de negros, con los cuales no necesitan establecer otro orden que el del látigo, ni proporcionarles otros mantenimientos y comodidades que las muy precisas que exige su estado casi salvaje, miserable condición y su excelente raza, para conservar sus fuerzas, no pueden concebir el modo con que tratarían y gobernarían una cuadrilla de 100, ó 200 blancos europeos, destinados á sembrar cañas y á los demás ejercicios de la agricultura tropical. Así es que se resisten con todas sus fuerzas á aventurarse á introducir innovaciones en *su gente*, como llaman á sus *negradas*, ni se resuelven siquiera por vía de ensayo á traer jornaleros blancos de España, Canarias ó Alemania, áun conociendo las ventajas positivas que obtendrían en los gastos y en los productos, como han tenido la paciencia de probarse matemáticamente algunos escritores del país. (Véase *Mi primera pregunta*, por D. José A. Saco, *Ingenio sin esclavos*, por D. Enrique Dau, y varios artículos de D. Francisco de Paula Serrano en las *Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana*).

Los desalmados traficantes de esclavos de Africa, explotando como una mina esta preocupación general, abastecen de negros bozales la Isla, atendiendo tan sólo á las ganancias exorbitantes que les produce tan infame comercio. Se calcula que la ganancia líquida de un cargamento de 500 negros, desembarcados en la Isla, es de 120 á 130 mil pesos. Este sucio origen tienen muchos de los caudales improvisados que se ven levantarse de la noche á la mañana en nuestros principales puertos de mar, pues basta que á un comerciante de estos les lleguen dos ó tres expediciones de Africa para constituirlo riquísimo.

Las autoridades principales de la Isla, á saber, el Capitan General y los Gobernadores de dichos puertos, arrastradas por un lamentable error político, que les hace ver la dependencia y la sujeción de la colonia, en este aumento espantoso de esclavos, que diz que pone á raya los ímpetus indepéndientes de los criollos; y ganadas además con el cebo de la media onza de oro (8 pesos, 4 reales) que les pagan por cada cabeza de negro los armadores de las expediciones africanas; no sólo consienten en la infracción del tratado con Inglaterra, sino que patrocinan y defienden el tráfico, prestándose á autorizar con oficiales

de policía los desembarcos y depósitos de aquellos infelices en las cercanías de la Habana y demás ciudades principales de la Isla. El pretesto plausible con que cubren todo este vergonzoso manejo es afirmar que sin negros perecería la agricultura de esta región, y que por bien de Cuba se exponen *generosamente* á perder sus empleos, desobedeciendo el tratado. Sáquese, empero, la cuenta de lo que en los cinco años que acaban de transcurrir ha producido la capitación de los bozales en toda la Isla y se verá que pasa de un millón de duros la cantidad con que han sobornado los hacendados de Cuba á su Gobierno colonial para que permitiese la trata: á la Habana sola, tocó de esta contribución 552,959 pesos.

Cargo fuerte es también contra estas autoridades el haber descuidado, desde que murió el sábio y buen Intendente D. Alejandro Ramirez la inmigración de blancos, pues aunque en tiempos de aquel virtuoso funcionario se formó una *Junta protectora* de la población de nuestra raza, han pasado años y más años sin que se reúnan sus individuos: los fondos, que por Real orden de 21 de Setiembre de 1817 se decretaron para promover el fomento de dicha población, y que se sacan de una contribución sobre las costas judiciales, se han invertido en otros fines muy ajenos de su instituto, y ningún fruto se ha cogido de los privilegios y exenciones con que dicha Real cédula brindaba á los nuevos pobladores. Antes al contrario, en vez de aumentarse la población blanca, se ha aumentado la de color en las mismas comarcas que se escogieron entonces para asiento de las nuevas colonias: dígalo *Cienfuegos*.

Apelemos, en comprobación de lo dicho, á los números, que como decia con gracia el agudo Dean Swift *ni son whigs, ni son toris*, y se verá que en vez de aumentarse los blancos, comparados con los negros, desde 1775 á 1827, ha disminuido la proporción (1).

(1) Hemos hecho uso de los estados que se hallan en la *Historia Económica de la isla de Cuba*, por D. Ramon de la Sagra, autor que no inspirará, por cierto, desconfianza, pues aunque hoy es filántropo de profesión, todavía las cataratas del Niágara no le habian reblandecido el corazón. Véase su obra: *Cinco meses en los Estados Unidos*.

<i>Años.</i>	<i>Blancos.</i>	<i>Esclavos.</i>	<i>Libres color.</i>	<i>Total color.</i>	<i>Total general.</i>
1775	96440	44333	30847	75180	181620
1791	133559	84590	54152	138742	272301
1811	274000	212000	114000	326000	600000
1817	239830	199145	114058	313203	553033
1827	311051	286942	106494	393436	704487

Véase ahora las proporciones en que se hallan las distintas clases:

<i>Años.</i>	<i>Blancos.</i>	<i>Esclavos.</i>	<i>Libres de color.</i>	<i>Total de color.</i>
1775	56 p%	26 p%	18 p%	44 p%
1791	49	31	20	51
1811	45½	35½	19	54½
1817	43	37	20	57
1827	44	41	15	56

Por esta tabla se vé, segun un luminoso artículo inserto en el número 7 de la *Revista Bimestre Cubana*, «que en 1775 la poblacion blanca excedia en más del duplo á los esclavos y que éstos reunidos á todos los mulatos y negros libres de color todavía no igualaban á los primeros, pues que los blancos formaban un 56 por ciento y toda la gente de color un 44 solamente; pero ya desde 1791 aparece que los blancos perdieron su preponderancia numérica, porque no llegan sino á un 49 por ciento, miéntras la poblacion de color sube á un 51 por ciento: y al paso que venimos descendiendo á los últimos años dolorosamente, que la gente de color vá ganando sobre la blanca; y vá ganando en tales términos que ya en 1827 los blancos y los esclavos casi se balancearon, llegando aquéllos á un 44 por ciento, y éstos á un 41. No se me oculta (añade el sagaz escritor del artículo) que este censo no contiene todo el número de nuestros blancos ¿pero habrá quien se atreva á decir que ha inscrito en sus columnas á todos los esclavos? Las negligencias que se advierten en él son mucho mayores respecto de

la población de color que de la blanca, y basta para comprobarlo fijar la vista en la partida de los negros y mulatos libres, pues suponiendo equivocadamente que sólo forma un 15 por ciento, ofrece un resultado mucho más bajo que el de todos los años anteriores. Aun á pesar de esto, si comparamos el total de blancos con el de gente de color en 1827, aquél es de 44 por ciento, éste de 56. En nuestro concepto la isla de Cuba pasa hoy de 800,000 almas, y no tememos equivocarnos si aseguramos que el número de esclavos no baja de 350,000 y el de libres de color de 140,000; es decir que una población donde hay poco más de 300,000 blancos, se cuentan casi 500,000 personas de color. Estas indicaciones son por sí bastantes para conocer que nos hallamos gravemente enfermos, y que si no aplicamos el remedio con mano firme, la muerte puede sorprendernos en medio de la aparente felicidad que gozamos (1).»

En punto á reformas administrativas, las teme el Gobierno colonial de la Isla, como las temia el Gobierno absoluto metropolitano de la Península, y las temen y las temerán siempre todos los gobiernos ab-
absolutos del mundo, porque esto está en la naturaleza de las cosas. Y es tan una la causa de semejantes resistencias, que unos é idénticos son los motivos y los argumentos que oponen todos en general por pretexto de su tenacidad. En España, donde no se temían en 1832 insurrecciones de negros, ni soñados asaltos de insurgentes mejicanos, ni conspiraciones fantásticas de insurgentes cubanos, ni bloqueos imaginarios de anglo-americanos, de ingleses, ni de franceses, decia el ministro Zea en su famoso manifiesto de 3 de Diciembre de 1832, «que el mejor gobierno para una nacion es el que más se adapta á su índole, sus usos y costumbres, y la España ha hecho ver reiteradamente y de un modo inequívoco lo que bajo este respecto más apetece y más le conviene. La religion en todo su esplendor; con sus reyes legí-

(1) Estas y otras verdades atrajeron al virtuoso jóven D. José Antonio Saco quien tuvo el valor patriótico de decirlas en la isla de Cuba, la animadversion de los traficantes de negros y la persecucion más infundada ciega, y parcial de parte del Gobierno de la colonia: éste sin proceder á formacion de causa, lo ha desterrado, de motu proprio y sin término, de la Isla.

timos en toda la plenitud de su autoridad . . . sin exponer el reino á los violentos sacudimientos y consiguientes calamidades que arrastra en pos de sí la aplicacion de unas teorías que la nacion ha aprendido á mirar con horror, escarmentada por el funesto ensayo que de ellas ha hecho en dos diversas ocasiones. Se declara enemiga (la Reina Gobernadora), enemiga irreconciliable de toda innovacion religiosa y *política* que se intente suscitar en el reino, ó introducir de fuera para trastornar el órden establecido, cualquiera que sea la divisa con que el espíritu de partido pretenda encubrir sus criminales intentos.» Aquí se vé que el Ministro ruso-hispano creía que el mejor Gobierno para España era el despótico pleno á que se acostumbró desde el tiempo de Carlos I, que llama *teorías* horrosas y funestas, y aborrecidas por la nacion á las instituciones liberales, capaces, dice, como se dice en Cuba, de exponer el reino á violentos sacudimientos, etc. Llama órden al régimen arbitrario, y marca con la tacha de criminales los intentos que para establecer otro sistema más legal sabia él que abrigaban los hijos más nobles, más sábios, más virtuosos de la nacion.

¡Raras contradicciones son por cierto las del despotismo! Cuando pretende en esta Isla impedir con toda su fuerza su destruccion, y el establecimiento del órden legal, levanta el grito hasta la Madre patria y la asusta positivamente diciendo que en cuanto deje de existir la arbitrariedad en Cuba dejará de existir la dominacion de la Metrópoli, porque hay aquí muchos negros esclavos y estamos rodeados por todas partes de ellos, y se levantarán contra los blancos y los matarán y se arruinará la Isla. Pero si algun patricio ilustrado clama con energía que tenemos muchos negros que á la postre se harán dueños de la Isla, si sigue la introduccion de bozales de Africa, y que el único remedio que nos queda es el prohibir de veras el tráfico, castigando á los infractores de la ley; entónces á este tal se le desprecia como á un visionario, se le responde que más puede un blanco que tres negros, y lo que es más cómodo y expedito, se le hace callar desterrándolo de la Isla, como hombre peligroso para su tranquilidad, porque continuamente está avisando el peligro en que nos hallamos.

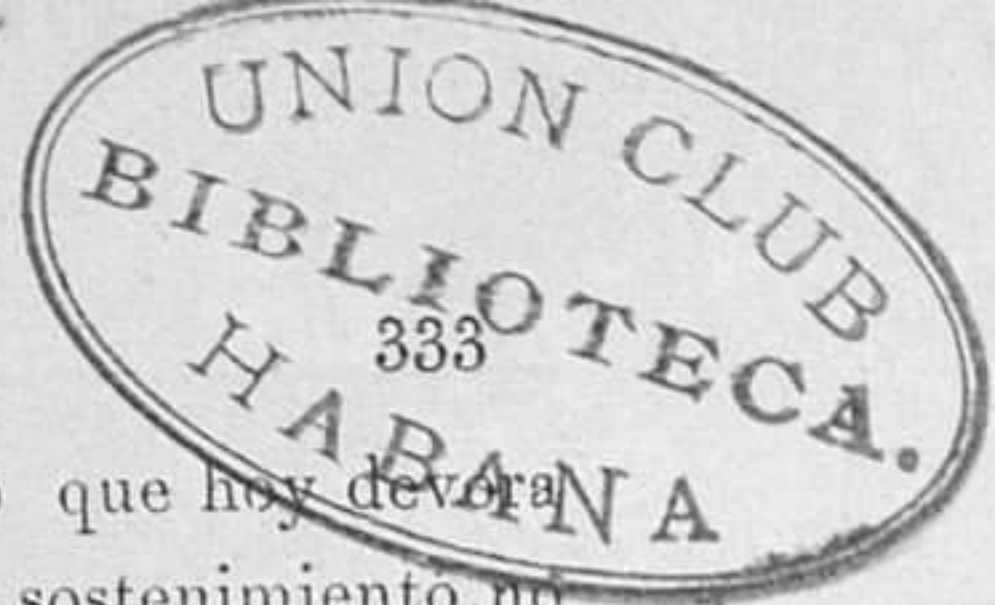
Otro error no ménos chocante es creer que más contribuirá al mantenimiento del órden un Ayuntamiento decrepito, inepto, y que tiene

todos los vicios, en fin, de una corporacion hereditaria, que no un Ayuntamiento electivo compuesto de los más ricos propietarios y de los más honrados y discretos vecinos del pueblo como lo previene la última ley. Igual y más funesta equivocacion es considerar como representantes de los intereses y de las necesidades de la Isla á la Real Junta de Fomento, á la Real Sociedad Económica, al Excmo. Ayuntamiento añejo que todavía tenemos, y á los Jefes militares de la guarnicion. Las Corporaciones referidas no son, ni nunca pueden ser órganos de la opinion pública de este ni de ningun país; porque se componen de individuos escogidos por el mismo Gobierno; y por consecuencia están sujetos inmediatamente á la voluntad despótica del mismo Gobierno actual de la Isla, que es despótico como lo era el de Calomarde y Zea, porque no conoce leyes que rijan la voluntad del que manda, como no la conocian aquellos tipos vivos de la arbitrariedad. Como aquéllos, confunde éste la libertad con la anarquía, la tranquilidad con el terror, y no se imagina que puede haber otro orden que el que ellos con su verga férrea imponen á sus gobernados. Haciendo el mismo cálculo que los amos de negros, no comprende cómo puede regirse una sociedad humana sin la coaccion del látigo, y con sólo el poder de las leyes, las cuales las consideran sin la competente fuerza y energía para hacerse obedecer. Calumniando por otra parte á esta poblacion blanca cubana, compuesta de laboriosos peninsulares y de sus hijos, dóciles y suaves como lo son por naturaleza entre los trópicos los oriundos de la zona templada europea, se aparenta temer de éstos insurrecciones por la independenciam. Conviene recordar un hecho que pinta con mucha exactitud el carácter de la gente, á quien tanto se aparenta temer: en 1822, época constitucional, de resultas de las elecciones, se apalencó en el convento de San Felipe un batallon de urbanos y en el Campo de Marte, extramuros, se juntó una turba multa de gente ociosa y allegadiza en oposicion de los primeros: el Gobernador que mandaba en aquella sazón la plaza, hombre menguado de sesos y de funestos brios se amohinó en tal manera que se estuvo quieto y arrinconado en su palacio y la Habana permaneció sin Magistrado visible ni jefe militar que la gobernase en una crisis al parecer tan peligrosa por espacio de dos dias. Pue bien: la nube que

amenazaba una tempestad tan tremenda y horrorosa, se disipó por su propia virtud, sin haberse derramado más líquido que el de las barricadas de vino que bebieron los urbanos en San Felipe, ni haber intervenido otra autoridad pacificadora que la de la conveniencia propia de los amotinados y la natural sensatez de nuestros catalanes, isleños y vizcainos. Se puede asegurar que en la isla de Cuba nunca ha habido opinion general entre sus naturales en favor de la independencia de la Metrópoli; porque siempre su situacion ha sido mucho más ventajosa que la de las colonias españolas del vecino Continente: porque en poblacion es heterogénea; porque las comunicaciones con la Península son estrechas y contínuas; porque por esta misma causa se mantienen vivas las relaciones de parentesco y las simpatías de nacionalidad que se componen de tantas y tan complicadas afecciones, como son las que suscitan la identidad de idioma, costumbres, hábitos buenos y malos y hasta ahora últimamente la igualdad de gobiernos, la más poderosa que todas las demás, porque refunde y amolda á una misma turquesa á los pueblos más remotos, y aun á las castas más antipáticas. Los criollos, tambien, ilustrados, ricos y virtuosos, que son los que pudieran hacer peligrosa la opinion de la independencia, si la adoptasen, conocen muy bien y mejor que las autoridades de la Isla, las consecuencias que atraeria á su patria cualquier trastorno político, cualquier revolucion popular; porque ellos tendrian que perder entónces—no un empleo ni una condecoracion, que la autoridad volveria á encontrar en la Península—sino sus hogares, sus riquezas, la vida de los campos, su patria, en fin, que no se vuelve á encontrar á cierta edad en ninguna otra region del mundo.

A lo que sí aspiran los habitantes blancos de la isla de Cuba, naturales y peninsulares, es á que sus hermanos de la Península no les excomulguen de la unidad nacional gubernativa, ya que ellos no quieren separarse de la union política con España. Aspiran á que entre ellos se establezcan diputaciones provinciales, libertad de imprenta (1), un sis-

(1) Es tal el terror y la indignacion con que se mira hoy en la Habana por la Autoridad Superior la libertad de imprenta, que nos consta que en su ciego encono contra ella ha librado una requisitoria al Capitan General de Castilla la Nueva para que



tema judicial que acabe con el bárbaro y vergonzoso que hoy devora más de seis millones de pesos anuales (1), y cuyo sostenimiento no sabemos en qué pueda cooperar á la tranquilidad de la Isla. Quieren, en fin, justicia, igualdad de derechos, los que gozan las provincias europeas de la Monarquía; y que las variaciones que hayan de hacerse en las instituciones liberales por no considerarse aplicables á esta Isla por los accidentes sociales que la diferencian de España, se hagan también constitucionalmente, es decir, por los que mejor que nadie conocen la naturaleza y las conveniencias de su país, cuáles son nuestros procuradores á Córtes, escogidos en franca y abierta eleccion popular, ó nuestros Diputados provinciales, y no de ninguna manera por jefes militares, que aunque hoy sean omnipotentes por la calamidad de los tiempos y por las ilegales facultades con que los ha revestido un Ministerio que se contradice en sus operaciones—no por eso estarán más interesados que aquellos en toda prosperidad y ventura, ni reúnen, á pesar de su omnipotencia, la omnipotencia necesaria para conocer las necesidades políticas, civiles, morales y económicas de la siempre fiel Isla de Cuba.

DOMINGO DEL MONTE.

averigüe quiénes son los autores de los infinitos artículos que aparecen en los periódicos de Madrid contra el modo de gobernar de S. E., por convenir así á la administracion de justicia y á altas miras de gobierno. De manera que este señor no quiere que ni aún en Madrid se escriba con libertad.

(1) Sagra asegura, que segun los datos oficiales produce la venta anual de papel sellado..... 240,000

Avaluado cada pliego actuado á diez pesos, asciende..... 4.800,000

En regalos, cohechos y trampas forenses, puede calcularse..... 1.000,000

6.040,000

BIOGRAFIA

DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

y juicio critico de sus obras.

(Continúa.)

Casi estéril para la fama de Tula hubiera pasado el año 45, si no hubiese dejado en su frente áureos laureles; con los cuales se glorificaba, no tanto á la cantora de los reyes que perdonan, como á la trágica musa, á cuya voz poderosa dejara Munio el sepulcro, para asombrar con su bárbara grandeza á las modernas generaciones. Pero aquella somnolencia no podía postrar por mucho tiempo la actividad de su espíritu, y en Marzo de 1846 leyó ante la seccion de literatura del Liceo de Madrid el drama bíblico *Saúl*, una de sus obras maestras, que no quiso dar á la escena hasta tres años más tarde, previamente corregido, pues era Tula el juez más severo que tenían sus obras, y después de haber excitado con ellas la admiracion general, sometíalas á prolijo depuramiento, ó á completa refundicion.

Aunque no calificase de trágedia ninguna de sus obras teatrales, algunas de las que llamó dramas trágicos son verdaderas tragedias, y más que todas *Saúl*, á la que no faltan ni aun los coros, notables algu-

nos por la belleza y propiedad de las expresiones; como el que entonan las vírgenes, cuando llegan para acompañar á Micol al templo donde ha de unirse con David. El protagonista sostiene desde el principio al fin sangrienta lucha con la implacable fatalidad, que entre los hebreos tenía el nombre de Jehovah, y no pudiendo vencerla, se da muerte por su propia mano.

Es imponente la grandeza de *Saúl*, nuevo Luzbel, erguido ante la ira de Dios, que le persigue, le acosa, le acaba; mas no le doma. Sus blasfemos labios lanzan tremendos retos al arbitrario y sañoso poder que le deja despeñarse de crimen en crimen para castigarle con apariencia de justicia. ¡Con cuánta arrogancia exclama!:

Del arrepentimiento los caminos
Para Saúl por siempre se cerraron;
Si venganza me ofrece el negro abismo,
Por los suyos intrépido me lanzo
¡Y que me busque el Dios que me persigue,
De lid tremenda en el sangriento campo,
Do, á su despecho, como á rey me hunda,
Mas no me huelle como á vil esclavo!

Y al traspasarse el pecho con su espada:

Que el cielo y el infierno juntamente
Vengan á disputarse mis cenizas
¡El poder invencible que me postra
Deshecho me hallará, no de rodillas!

La modestia de David, el escogido por Dios, forma notable contraste con la soberbia del primer rey de Israel, y la dulzura de la enamorada Micol se esparce blandamente, como suavísimo aroma, purificando acres vapores de sangre en el campo de los guerreros israelitas.

Hay trozos y escenas enteras—como la de Samuel, cuando contempla con ojos de profeta y de moribundo el lejano suplicio de los levitas—en que, suspenso el ánimo, no sabe qué admirar más; si el

vigor de la frase; la propiedad de las imágenes, ya rudas, ya sencillas, usadas por aquel pueblo primitivo, ó la belleza total que engendran todos esos rasgos típicos, resaltando en sorprendente perspectiva, sobre el vasto fondo en que se descubren hasta formar lontananza, grupos de ejércitos contrarios que se traban en fieras batallas.

Esta tragedia, por su grandeza, así como por su carácter sobrenatural y fatalista, fué la precursora de *Baltasar*.

A principios del año 46 contrajo matrimonio la Avellaneda con el Excmo. Sr. D. Pedro Sabater. Dice uno de sus biógrafos, testigo presencial del hecho y amigo muy fiel de la poetisa, que fué por parte de ella aquel enlace acto de piedad hácia el amigo enfermo, más bien que de amor. Es muy posible, y puede encontrarse apoyo á esta aseveración en los *Quartetos* que dedicó á Sabater poco antes de aceptar su mano. Elévase en ellos á prodigiosa altura. Son tan grandes los conceptos, que apenas puede consagrarse atención á las bellezas de forma, que, no obstante, la reclaman y atraen á cada momento, cual si se disputasen la victoria una y otra excelencia. Con noble franqueza exclama:

Por admirar y amar diera mi vida

Para admirar y amar no encuentro nada.

Y aun con más rara integridad moral, dice á su amante:

¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

Pero si no concibió por él vehemente pasión, es indudable que le amó con acendrada ternura. Pruébanlo bien el *cántico de gratitud A Dios* y *La pesca en el mar*, poesía deliciosa que es una de las que más me agradan. Desborda en ella un corazón que por primera vez henchía la felicidad, felicidad tardía, y por lo mismo gozada con mayor avidez; y no obstante, aquel corazón había aspirado inciensos de gloria copiosamente prodigados, sin romper jamás en semejantes efusiones de íntimo placer. La armonía incomparable de los versos, unida á estas consideraciones y al conocimiento previo de cuán efímera iba á ser aquella ventura, me conmueve con irreprimible enternecimiento cuando comienza aquel canto, *Yo á un marino le debo la vida*, que parece

acompañado por golpes de remo, gracias á la feliz combinacion de los tres versos cortos con que termina cada estrofa, rimados todos con la misma sílaba aguda.

Y cuando meses después, en agosto del mismo año, pierde al amado compañero, su dolor es tan grave como profundo, y la manera de expresarlo deja ver que todas las vicisitudes de la vida la encuentran á igual altura. La proximidad en fechas de la tristísima *Elegía I* y el canto de felicidad que antecede, sin mas intercalacion en el tomo que un pequeño romance ajeno á su persona, hace más punzante el contraste, moviendo el ánimo á infinita compasion. La *Elegía II* es quizás más bella que la anterior. La uncion de esta plegaria, su tono de melancólica resignacion, tienden algo al misticismo blando y sencillo que tanto agrada en algunos salmos de David. Con tres composiciones que vivirán y harán vivir por largo tiempo el nombre de Sabater, pagó á éste el corazon de Tula la breve, pero intensa dicha que la hizo gozar con su apasionado amor.

Sabater había muerto en Burdeos, después de sufrir en París dolorosa operacion quirúrgica, que presenció su esposa con el ánimo esforzado de que siempre dió muestras, y la desolada viuda se encerró durante algun tiempo en el convento de Loreto de aquella ciudad, donde escribió las elegías. Poco despues regresó á Madrid, y fué la novela *Guatimozín* lo primero que publicó.

Pasaron despues tres años sin que publicase obra alguna; mas aprovechó el tiempo y consoló sus dolores escribiendo un *Devocionario*, que se perdió en manos de los editores que lo habían adquirido, y corrigiendo la tragedia *Saúl*, que se representó en 1849; y en Octubre de 1850 dió á la escena el drama *Recaredo*.

Este hermoso drama deja brillar en toda su esplendidez, digámoslo así, la intolerancia mostrada por el cristianismo desde los primeros tiempos de su existencia oficial, pues dividida esta religion, no bien surgió á la vida, en sectas infinitas, comenzó en seguida que tuvo fuerzas para ello, la insensata tarea de desgarrarse sus propias carnes, sin dar pausa á tan frenéticos excesos hasta que la creciente extenuacion de su vasto organismo, le hizo comprender que el mundo veía ya sus descarnados huesos, invadidos por devoradora caries.

La intransigencia religiosa no ha tenido jamás refugio tan bello y elevado como el corazón de la interesante princesa sueva, de la hermosa Bada, cuya firmeza y dignidad de carácter la colocan junto á Recaredo, sin que aparezca oscurecida por el rey visigodo, resplandeciente con la doble gloria de guerrero victorioso y de reformador por todos aceptado.

Algun favor dispensa la autora al último, suponiendo que perdonó la vida al traidor Agrimundo; lo cual demuestra, por lo menos, que era más inclinada á conceder que á cercenar méritos; y bien puede disimularse aquella atenuación, recayendo en un soberano que no dejó otra muestra de severo rigor en todo su reinado.

La trama de la obra es complicada y está muy bien urdida. La exposición, como otras muchas de la Avellaneda, va tan incluida en la acción, que no se advierte. Hay situaciones interesantísimas, como la del acto segundo—lleno todo él de movimiento y de pasión—en que Bada, queriendo salvar al que toma por Agrimundo, delata á éste ante Recaredo; si bien es preciso reconocer que esta escena adolece de inverosimilitud, pues parece extraño que Bada llegase hasta la cámara del rey, sin saberlo y para advertir á Agrimundo el peligro que corría su vida, precisamente por la conspiración que éste llevaba á efecto contra Recaredo.

Parte del soliloquio de Agrimundo en la anterior escena pudo suprimirse dejándolo reducido á los dos primeros versos, pues ya que la necesidad haga admitir algunas veces el contrasentido de hablar sola una persona, que sea lo menos posible y que nunca parezca le da cuenta al espectador de sucesos que forman parte del drama. Tula poseía el buen gusto y el tacto consumado de evitar mucho tan chocante defecto, y sus monólogos pueden pasar en la mayor parte de los casos, por lo que se quiere aparentar con ellos, es decir, por cavilaciones internas.

La versificación, en variedad de metros, es muy bella, advirtiéndose alguno que otro verso malo, casi siempre por la acentuación prosódica, y es de lamentarse que hayan caído esas manchas en algunos de los mejores trozos.

Encuéntrense pasajes entre Recaredo y Bada, patéticos en sumo

grado; y el drama concluye dignamente, con arranques del más vivo entusiasmo religioso y guerrero, en consonancia con el hecho histórico que le presta asunto.

A principios de 1851 apareció la segunda colección de poesías, en que se incluyeron todas las de la anterior. Repasadas las nuevas, apenas encuentro alguna que no merezca elogio en uno ú otro sentido; pero sería cansar demasiado á los lectores el hacer tan larga enumeración y prolijo exámen. Sin embargo, me parece que, escogiendo un término medio, debo hacer mención de algunas, con tanto más motivo cuanto que las composiciones líricas son siempre las más subjetivas. Procuraré ser muy breve.

En la bellísima *Despedida* llama la atención que después de sus triunfos escénicos, muestre tan amargo desencanto de la gloria, idea que se encuentra repetida en *El viajero americano* y en otras varias.

La noche de insomnio y el alba es fantástica pirámide, cuyo punto culminante, formado por versos de dos sílabas, se nos aparece entre celajes de la noche, y cuando los esplendores del sol bañan ya todo el monumento, llegamos á su ancha basa extendida en versos de diez y seis sílabas. Este gracioso capricho, en el que ha usado todas las medidas poéticas comprendidas entre las dos mencionadas, revela su facilidad para vencer dificultades métricas. Aparte de esto, hay en la composición tanta brillantez de colorido y tan grata armonía, que el lector se siente arrastrado por la inspiración de la artista.

Más que versos, es música deliciosa *El genio de la melancolía*, en que usa nuevo y muy lindo metro. Siempre que inventa alguno, lo hace con suma felicidad, como si en aquellas melodías propias le fuese más fácil cantar con perfección.

Admirable facultad para apropiarse todos los tonos demuestra en el *Miserere*. ¿Quién no siente en muchas expresiones de esta paráfrasis la grandeza semi-bárbara del pueblo hebreo?

Las composiciones de esta índole se hacen cada vez más frecuentes. Su alma, atribulada por el dolor, buscaba consuelos en la religión. De espíritu naturalmente elevado y de complexión artística por excelencia, sentíase siempre atraída por lo que se le presentaba más gran-

de, ménos comun, más ideal y poético. Esto determinó sus primeros pasos hácia el misticismo en que se eclipsaron sus últimos años.

Apenas notada esta nueva tendencia de su genio, parece que le llovieron indiscretas peticiones. Es de lamentarse la importunidad poco respetuosa que el público ejerce con los escritores, y más encarnizadamente con los poetas, proponiéndoles temas mezquinos, ó siquiera forzados. Débense á veces á estos compromisos producciones bonitas ó ingeniosas, á veces tambien han dado ocasion á obras de mérito; pero lo general es que valgan poco las composiciones arrancadas de tan triste manera. Y esto al cabo no sería más que pérdidas de tiempo; pero otra pérdida más considerable viene en pos de aquellas, y es que, acostumbrándose la mente á la pobreza de concepciones á que se la arrastra, va cayendo poco á poco en crónica incapacidad para levantarse á más altos pensamientos. Tula salía bien de estas empresas, como lo prueba en *San Pedro libertado*, porque ella vencía todas las dificultades; pero ¿donde se advierte en esa composicion el fuego ó la grandeza con que trata los asuntos que ella escoge? Lo mismo sucedió en *La aurora del 8 de Setiembre*. Felizmente, el canto parecía vagar siempre en sus labios, y se exhaló con agradable facilidad,

En cambio el *Cántico* es imitacion muy feliz de varios salmos, exornada á la moderna con algunos conocimientos científicos, olvidados en la revelacion; y por último llegamos á *La Cruz*, una de sus más famosas obras.

Este himno ardiente le ha valido el título de *cantora de la Cruz*, justificado ampliamente por la belleza excepcional de los versos, que corren, encendidos por el entusiasmo, como raudal de fuego, arrollando á su paso —al ménos mientras dura la imponente erupcion—cuantas objeciones intenta oponer la razon de personas colocadas en otro punto de vista filosófico. Los cuatro versos primeros asombran por su arrogancia; pero todo lo que sigue fuerza á reconocerla bien fundada. La gravedad de las estrofas endecasílabas con un solo verso quebrado, de artístico efecto, armoniza perfectamente con el asunto; y cuando el ardor del canto llega á su más alto grado, la eminente artista pasa á un tono más agudo en versos de nueve sílabas, que vibran con intensísima pasion. Esta poesía fué leída por su autora en el Liceo de

Madrid, y el aplauso que obtuvo resonó y fué repetido en toda la Europa y en toda la América.

Es donosísima la *Sátira* contra los críticos improvisados, de los que acaso había sido víctima alguna vez ella misma, y de quienes lo fué ciertamente más tarde.

Por lo que dice en la nota que llevan al pié los primeros lindos versos dedicados á Zorrilla, puede graduarse cuán descontentatizada era respecto á sus propias obras. Se me ha referido por persona veraz que habiendo leído Tula uno de sus dramas—*Baltasar*, si no me engaña la memoria—á varios escritores reunidos con objeto de juzgarlo, como Bretón le hiciese pequeña advertencia sobre algún verso ó pasaje de un acto, hizo éste pedazos con la mayor indiferencia y luego escribió otro. Esto puede llamarse esplendidez literaria.

El sentimiento que expresan los versos á que me estoy refiriendo y que da la medida de su alma, se encuentra repetido varias veces en sus obras, y siempre con asombrosa belleza y energía, prueba de que no era ficticio. Existía en ella realmente anhelosa aspiración á lo infinito, á lo imposible, y caía en indecibles desalientos al hallarse presa en las estrecheces de la realidad.

Adios á la lira, imitación de Lamartine, es un precioso, melancólico y dulce romance. Sentíase cansada, mas parecía conocer las fuerzas ocultas que aun guardaba. Hay tres redondillas que manifiestan bien la independencia y dignidad de su genio, y no resisto al deseo de copiarlas. La colección en que apareció este romance fué dedicada á la Reina, y no obstante, decía la poetisa á su lira con entera libertad:

Si conquistarte no supe
De eterno lauro guirnaldas,
Sobre tus cuerdas de oro
No dejo ninguna mancha.
Jamás cautiva te tuve
Al umbral de regia estancia,
Ni de ensañados partidos
Atizaste la venganza.

Libre como el pensamiento,
Y cual él altiva y casta,
Fuiste siempre un eco digno
De sus impresiones varias.

El último acento de mi arpa, que cierra aquella edicion, principia con lánguida tristeza, y es de muy bello efecto el himno entusiasta en que rompe á continuacion, ensalzando la célebre hermosura de Leocadia Zamora, que es bien seguro no arrancó jamás tan altos conceptos; á los que deberá el ser conocida por muchas generaciones.

En Enero de 1852 fué representado el drama *La verdad vence apariencias*, y cuando se imprimió por primera vez, declaró la autora en algunas líneas preliminares que, á pesar de haber tomado parte de su argumento del *Werner* de Byron, creía poder llamar suya sin el menor escrúpulo aquella obra, y bien puede confiarse en esta declaracion de quien daba por imitacion toda obra en que tomase algo de otro autor, por poco que fuese. Lo cierto es que ella no pudo nunca sujetar su genio á imitaciones exactas. Comenzaba imitando, traduciendo á veces, y bien pronto volaba con sus propias vigorosas alas. Este, entre otros, es un punto de semejanza que presentan su numen y el de Heredia.

El drama, aunque de asunto imaginario, tiene, como todos los suyos, histórico fondo, que, dándole más interés, presenta la accion con todos los accesorios de los sucesos públicos que acompañan en la vida real á los privados, influyendo en ellos más ó menos. Así parecen sus personajes hombres y mujeres que se agitan en el mundo, y nunca figuras de carton movidas sobre una mesa, como sucede con harta frecuencia en el teatro. El argumento está sostenido por fuerte nudo, del que parten numerosos cabos; pero sin confundirse jamás uno con otro ni quedar suelto ninguno. El prólogo es de grande movimiento é interesantísimo. Cométese en él un asesinato, y sobre esto gira todo el drama.

No se reserva para efecto final el descubrimiento del asesino por el espectador; muy al contrario, éste comprende en el acto mismo quien es; y sin embargo, el interés no se debilita. Esa misma certi-

dumbre que se tiene, produce inexplicable ansiedad por la suerte de otro presunto reo, cuya inocencia parece cada vez más difícil de poner en claro. El tipo de Leonor es muy hermoso. Tiene rasgos de altiva franqueza (siempre muy notables en la autora, porque le eran propios) que ennoblecen mucho su carácter, y otros de generosa pasión y de fe en el digno joven á quien ama, sospechado por todos, menos por ella, que llegan á lo sublime.

La verdad vence apariencias es un buen drama, que hubiera dado nombre á cualquier autor; pero siendo de la Avellaneda, no tuvo resonancia, porque en él bajaba un tanto de la altura en que se mantuviera hasta entonces, y siempre es esto de mal efecto. Síguese con interés el vuelo del ave en tanto que se remonta; pero cuando comienza á bajar, la mirada se distrae.

Mas aquel descenso, si es que puede llamarse así, no duró mucho. Viósele con asombro subir de nuevo explorando distintos horizontes, y en Octubre del mismo año estrenó *La hija de las flores, ó Todos están locos*, otra obra selecta, pero en diverso género del que había adoptado antes; en el género cómico.

No puede imaginarse tipo más original, delicado y gracioso que el de Flora. Tiene mucha analogía con el de Yolanda en *La hija del rey René*, y el haber traducido Tula esta última pieza algunos años después, induce á creer que la conocía y que, enamorada de sus bellezas y singular argumento, quiso hacer otra parecida y creó la *Hija de las flores*, complaciéndose, como solía, en presentarse más dificultades que vencer, y dando mucha mayor extensión á su obra. Las candorosas ingenuidades de amor que tanto poetizan á una y otra protagonista, y que en Yolanda nacen de la situación especial de inocencia en que, por haber perdido la vista en la cuna, la ha colocado su padre para que ignore siempre su desgracia; y en Flora, del mismo estado de inocencia producido por el completo retiro en que siempre se la tuvo para ocultar su misterioso nacimiento; constituyen en la preciosa obrita francesa, su totalidad, y en la de Tula quedan reducidas á deleitoso episodio. La imitación, pues, dado que la hubiera, sería parcial. Pero la autora, que tan escrupulosa es en este punto, nada dice de imitación, ni cuando escribió su obra original ni cuando tradujo la francesa.

Respetando su silencio, será preciso admitir como p[á]smosa coincidencia la perfecta semejanza que se nota entre los caracteres de Yolanda y de Flora.

Todas las escenas en que ésta interviene son deliciosas, con el único lunar de aparecer en alguna más culta y aun instruida de lo que su especial situación podía consentir. La poesía y belleza de su lenguaje no hubieran perdido, antes hubiesen ganado, evitando algunos giros é ideas impropios de la niña educada entre campesinos. En cuanto á los sentimientos expresados, la naturaleza misma habla por boca de la enamorada é inocente jóven.

Hay mucha maestría en hacer que la mayor parte de los personajes aparezcan locos ante los otros; y las situaciones que estas apariencias ocasionan, así como las exclamaciones que tal plaga de insensatez arranca al Conde y sobre todo al Barón, tienen infinita gracia cómica, pero nunca gracia chocarrera, sino la más delicada y fina.

El misterio que engendra tantos chistosos enredos, se aclara al fin para todos, menos para el Barón, que, no pudiendo comprender nada de lo que oye, y prevenido ya su espíritu, debe creer lo que expresa cuando exclama:

(¡Señor! ¿no habrá quien los ate?
¡Todos lo están. . . . de remate!)

Todo lo que este personaje dice después hasta el fin de la pieza, demuestra con mucha gracia el efecto forzoso que le causa aquella reunion de locos, improvisando parentescos á más y mejor y acabando por meterle en la colada á él también, que, dando pruebas de ser el único á quien resta algún juicio, acepta su papel de abuelo de Flora, por no contradecir á tantos orates. De este modo, se ha evitado con mucho donaire el perdon rutinario y desairado, que en casos de seducción, concede el padre á los culpables cuando llega el momento de la boda.

No falta en la comedia muy patético pasaje, bueno para suspender un instante la risa producida por todo lo demás y hacer que se vuelva á ella sin fatiga.

Aunque el jardinero Juan es personaje secundario, su carácter es muy propio y simpático. Todas sus palabras en la última escena son conmovedoras por su sencilla bondad, y hacen reír con los ojos humedecidos. El de Tomasa, su mujer, también está muy bien delineado.

«Por espacio de más de dos meses se estuvo repitiendo diariamente *La hija de las flores* en el teatro del Príncipe, sin que decayese un punto el favor que le dispensó constantemente el público.» Esto consignan los Editores de las obras de la Avellaneda en los apuntes biográficos puestos al frente de ellas.

Hacia el mismo tiempo se representó *Errores del corazón*, drama que ha sido desechado por ella, aunque el público lo acogió favorablemente. Igual suerte decretó contra *El donativo del diablo*, cuyo asunto es el mismo que el de su leyenda *La velada del helecho*. También fué representada esa pieza, mas no se dice, como de la anterior, que obtuviese buen éxito.

En 1853 dió al teatro *La Aventurera*, imitación libre de la comedia de Augier que lleva igual título.

Tan libre es, en efecto, la imitación de la Avellaneda, que puede decirse ha hecho de la comedia francesa, no obstante ser ésta muy hermosa, lo que Víctor Hugo llamaba entre el *océano* de sus papeles un *tas de pierres*, es decir, un cuaderno de notas y pensamientos, un acopio de materiales, á los que ella agregó otros muchos, construyendo con todos nuevo y más perfecto edificio.

Su modo de ser rechazaba lo vulgar y lo pequeño. Los asuntos tomaban en su mente proporciones vastísimas, y el tono heróico venía naturalmente á los labios de aquellas figuras agigantadas, que debían expresar sentimientos llevados á los últimos límites de grandeza que á los humanos les es dado alcanzar.

Hasta el pensamiento capital es distinto en una y otra obra. Propúsose manifestar Augier que no hay regeneración posible para la mujer que ha manchado ante el público su honra, pues la sociedad de los buenos, cruelmente celosa de sus fueros, se niega con inexorable dureza á sentar el mal precedente de admitir un miembro que no lleve muy limpia patente. La Avellaneda amplía mucho esta idea, añadiendo á esa terrible severidad la injusticia social, que absuelve el liberti-

naje del hombre, dejando á salvo su honor, al paso que es inflexible con la mujer, á quien hunde más y más en la degradacion, al negarle todo miramiento desde el instante en que flaquea su virtud—no importa por qué circunstancias—en el punto único á que se ha hecho converger su conducta moral entera.

El tipo de Augier es acaso más verdadero; su aventurera lo es hasta el fin; todo lo más que alcanza de los que la rodean es un movimiento de compasion casi humillante, que ella acepta y hasta agradece. La de Tula es más bien una de esas víctimas que la miseria y la orfandad preparan, y que la perversidad de otros lleva al sacrificio. Así puede elevarse por grados, hasta llegar á tal grandeza moral, que empequeñece á cuantos la cercan y les obliga á admirarla.

Natalia, la protagonista española, se siente subyugada por una accion verdaderamente grande y viril. Por primera vez en su vida, reconoce que existe un hombre superior que la domina, en vez de arrastrar delante de su hermosura sensuales debilidades; y el amor nace al mismo tiempo que la admiracion en el alma de la mujer que hasta entonces sólo habia conocido el disfraz vergonzoso de aquella noble passion. La protagonista francesa experimenta la misma rehabilitacion moral; pero es merced al temor que le inspira un arrebato indigno. A fuer de dama, conoce mejor la Avellaneda lo que á su sexo deslumbra y arrebatata, y coloca á éste en la altura que le corresponde.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ.

(Se continuará).



PLACIDO Y EL DR. MORALES.

(CONTINÚA).

IX.

Habla el Dr. Morales:

«..... debo decir que el bardo de las dos razas tenía suficiente instrucción, gusto y elocuencia, y que se expresaba mejor que yo.»

Si exceptuamos al citado Doctor, no encontramos un biógrafo de Plácido que haya aventurado una opinión parecida. Tal vez sean más de cincuenta las biografías y juicios críticos que sobre Plácido y sus obras se han publicado, y ni en una sola se podrá hallar una opinión análoga á la del Dr. Morales; y aún esta misma respetable persona, creémos que no hubiera dado al público una afirmación tan concluyente, si la hubiese meditado con todo el reposo y la imparcialidad que se exige de los biógrafos y de los críticos.

Plácido no fué otra cosa que un génio, un poeta muy notable, de atrevido estro, de mucho vuelo, de gran imaginación, en fin; pero de limitadísima instrucción, por efecto de su nacimiento y de la condición social en que la esclavitud tenía sumida á la raza á que el poeta

pertenencia. Esta opinion no tiene de nuestra más sino que la aceptamos y la repetimos aquí. Es la opinion de todos los que han escrito sobre la vida y las obras de Gabriel de la Concepcion Valdés, con el debido estudio, á excepcion del Dr. Morales, que al pobre y desventurado peinetero de Matanzas, lo presenta de «suficiente instruccion, gusto y elocuencia», y, lo que es más pasmoso todavía, expresándose *mejor que él*, que es un Doctor en Medicina y Cirujía, naturalista muy distinguido y persona de reconocida cultura.

Léase ahora lo que ha dicho un conocido literato español y entusiasta admirador de Plácido, en corroboracion de lo mismo que llevamos expuesto:

.....

«¿Y quién es Plácido?» me preguntarán mis lectores. A los cuales contestaré: Plácido es un hombre de génio por cuyas venas corre mezclada sangre europea y sangre africana, un peinetero de Matanzas, un sér humilde por el pecado de su color, que habla á un blanco, por miserable y estúpido que sea, con el sombrero en la mano.» (*Viajes de D. Jacinto de Salas y Quiroga.—Isla de Cuba.—Cádiz, 1840, Página 173*).

Esto acredita de un modo indudable cuál pudo haber sido la instruccion alcanzada por Plácido; sin embargo, aún tenemos datos más precisos:

.....

«Su educacion fué desgraciadamente lo que debia ser en un país donde la institucion de la esclavitud ha levantado una barrera invencible contra el desarrollo intelectual de la raza africana. Una política suspicaz, fundada en la subordinacion de los negros á los blancos, aleja á los primeros de los estudios clásicos; y nunca es de lamentarse más su injusticia que cuando aparece en nuestra sociedad un ingenio como Valdés, que á pesar de todo se eleva y sobrepuja en mérito á sus más favorecidos contemporáneos.

«No pudiendo, pues, aspirar á ninguna profesion científica, su educacion fué descuidada, desde su niñez. La edad en que se abren las puertas

del saber á la juventud cubana, es generalmente la de cinco á seis años, y Valdés no empezó á entrar por ellas hasta pasado los diez. Segun unos apuntes que tenemos á la vista, tuvo la fortuna de caer en manos del maestro D. Pedro del Sol, uno de los mejores que entónces poseia la Habana, pero debió permanecer muy corto tiempo bajo su direccion, cuando no llegó á concluir el estudio de la gramática, en cuyo arte elemental fueron tan escasos sus conocimientos, que durante su vida necesitó del auxilio de sus amigos para la correccion ortográfica de sus obras. Aprendió el dibujo con el célebre Escobar, y tuvo de la lengua francesa las nociones necesarias para entenderla con dificultad. Sus medios de ilustracion fueron las obras que le venian á las manos, lectura inconexa y más apta á estragar el gusto que á formarlo en los primeros pasos de la juventud por el sendero de la literatura, y de esta falta de preparacion y buena direccion se resienten los más de sus escritos.

.....

(*Estudios de Literatura Cubana.*—*Gabriel de la Concepcion Valdés*, por Pedro José Guiteras; Págs. 138 y 139 de la ya citada Coleccion de apuntes del Dr. Vidal Morales y Morales).

.....

«En otra sociedad ó en mejores tiempos habria sido protegido, educado.....» (*Poetas de Color*, por Francisco Calcagno; Pág. 8).

.....

«Si al recorrer su coleccion recordamos los escasísimos conocimientos que siempre tuvo.....»

.....

«Estudió tarde y mal, y por eso se observa en muchas de sus poesías un alarde de erudicion, que por lo importuno nos hace creer que pocos momentos ántes acababa de aprenderlo y lo tenía aún fijo en la mente.....»

.....

«.....Cuanto leía se reflejaba en su mente y la reproducción siempre era con poca fortuna, pues la asimilación no había tenido lugar de una manera completa.»

«..... pero Plácido no llegó á saber medianamente ni áun el francés.....»

(*Estudios y Conferencias de Historia y Literatura*, por Enrique Piñeyro; Págs. 205 y 206).

«.....su educación fué bastante decuidada.» (*Primer Gran Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, por Roque Barcia.—Madrid, 1882; Págs. 272 y 273).

Ahora recuerde el Dr. Morales lo que el mismo Plácido confiesa en *La Siempreviva* (*Poesías Completas*; Pág. 637):

«Y pulsé entre los vates la áurea lira,
Aunque ni el arte ni el saber me inspira».

Muy suficientes y autorizadas apreciamos las opiniones acabadas de extractar, para que se dude ni por un momento que Plácido desapareciera de entre nosotros sin poseer la instrucción y ese gusto que le concede el Dr. Morales. ¡Cuánto mayor no sería la fama que hubiera alcanzado, á haber sido un hombre de mediana instrucción! Pero si por desgracia así no aconteció, ¿á qué darle á la verdad histórica un colorido que no es el propio?

Dice el Dr. Morales que reproducirá unos artículos de crítica literaria debidos á la pluma de Plácido. ¿Y qué? ¿Supone que en ellos está el *disideratum*? ¿Hemos negado que no haya escrito en prosa quien tanto lo hizo sujetándose á la métrica española? Seguramente que nó, ni esos artículos podrán destruir las afirmaciones que seguimos sosteniendo, á saber:

Que el fragmento del romance *A Lince* es impropio de las condiciones que caracterizan la poesía del vate habanero.

Que el diálogo entre Heredia y Plácido no está descrito por el Dr. Morales tal como pasó.

Que el diálogo entre el Doctor y Plácido es tan inverosímil como el anteriormente citado.

Que Plácido no tuvo la instrucción y el gusto que le concede el Dr. Morales, y que nadie conoce prueba alguna de que el poeta fuese una persona elocuente.

¿Qué nos han de probar los artículos prometidos?

Nada, absolutamente nada.

Aparte de todo esto, repodúzcalos en buen hora el Dr. Morales.

X

Poco meditó el Dr. Morales estos párrafos de su folletín, pues de no ser así, difícil nos parece que los hubiera escrito.

Aquí están:

«Dije en el prólogo que acompaña al primer tomo: «Llegan á 200 las composiciones nuevas que esta edicion contiene además de las ya conocidas; muchas de ellas (*y ahora añado: todas*) pueden estimarse como inéditas, desde luego que «si alguna vez vieron la luz pública, no fué sino en periódicos de escasa circulacion.»

«Suplico al público que se digne fijar la atención en las palabras entre comadas: pues no en balde las estampé con el propósito de evitar suposiciones y cavilidades.»

Estudiemos los párrafos que acaban de leerse.

Que dijo en el prólogo que «llegan á 200 las composiciones nuevas» «además de las ya conocidas.»

Sea; mucho nos complace que las elevadas cifras de 255 composiciones que anunció en su artículo de *El Pensamiento* (Página 245), y 250 en *El Paracleto* (Página I^a), y 210 en la portada de su *Plácido*, hayan quedado reducidas á 200; aunque mucho sentimos que no hubiera seguido rebajando, porque no creemos estar muy equivocados si decimos que entónces tal vez hubiera quedado el número de poesías en 50 *realmente inéditas* si fuera posible. Sentimos tambien que el Dr. Morales se haya olvidado de unas notas escritas de su puño y letra que meses despues de publicada su coleccion nos entregó en nues-

tra mesa en la Redaccion de *El País*, notas que nos nutorizaron para decir lo siguiente en *El Plácido de Morales*:

«Que el total de composiciones inéditas ó no publicadas en coleccion, llegan á doscientas diez y ocho, y no á doscientas diez, como se dice en la portada.»

Lamentamos este olvido, pero conviene á la justicia no pasarlo por alto.

«... muchas de ellas (y ahora añado: todas) pueden estimarse como inéditas, desde luego que si alguna vez vieron la luz pública, no fué sino en periódicos de escasa circulacion.»

Recordarémos al Dr. Morales que en periódicos ó libros, se han publicado estas que él llama *inéditas*, segun lo hemos demostrado en *El Plácido de Morales*; pero lo repetimos aquí para que lo conozcan los lectores, de nuestra contestacion:

Los sonetos *A Elino en la muerte de Fela* y *A Terevisa en sus natales*, son los que titulados *A un amigo en la muerte de Fela* y *A T.... en su dia*, figuran en la edicion de Vingut (1.855) en las páginas 81 y 231.

El Bardo Cautivo, en *La América*, periódico de Madrid (1865 ó 1866.)

La Malva Azul, en la *Gaceta de Puerto Príncipe* (1839) y en la *Revista de Cuba* (1878.)

A Lincé, desde la prision, en *El Papalote* (1878) con el título de *Epístola á Lince*.

El último mono, siempre se ahoga, en *El Liceo de la Habana* (1858 ó 1859).

Egloga Cubana, en *La Cartera Cubana* (1842) tomo 4º, página 52, y en *El Palenque Literario* (1878) página 178.

El Eco de la Gruta, en Vingut (página 246) en Denné (1862) página 213, en Fontaine (1863) página 127 y en la *Coleccion de los mejores autores americanos* (1875) página 97.

La Despedida, en *La Cartera Cubana*, (1838) tomo 1º, página 177.

A la Justicia, (Amor platónico) en *El Sol de Jesus del Monte* (1852) página 56, en Fontaine (1863) página 110 y en la *Coleccion* antes citada, página XV.

¿Y seguirá *añadiendo* que todas las composiciones de su Plácido pueden estimarse como *inéditas*?

Nos parece que nó, y menos todavía, cuando se convenza de que *inédito* no se puede considerar el escrito que ya ha visto la luz, aunque sea en un periódico que haya tenido muy limitada circulacion. Aquí sí que basta ocurrir al Diccionario de la Lengua (última edicion, (página 594) donde dice:

«*Inédito, ta* (Del lat *ineditus*) adj. Escrito y no publicado.»

Definicion que se diferencia mucho de la del Dr. Morales, puesto que mientras él considera como *inéditas* las poesías de Plácido no incluidas en coleccion, la Academia no entiende por *inédito* otra cosa más que la obra en prosa ó en verso que *no ha obtenido publicidad*, ni mucha, ni poca.

Nada podemos decir referente á estas líneas: «suplico al público que se digne fijar su atencion en las palabras entrecomadas. . . .»

Solamente dos comas hallamos, y eso, una en cada párrafo; por lo que es imposible saber cuáles son dichas palabras *entrecomadas*. En cambio, vemos entre comillas, las líneas que empiezan: «Llegan á 200 &» y concluyen: «en periódicos de escasa circulacion.» Si á esto ha querido referirse el Dr. Morales, impropcedente juzgamos la súplica despues de cuanto sobre este punto hemos expuesto; como tambien consideramos innecesario que diga que las estampó «con el propósito de evitar suposiciones y cavilidades;» dado que quien admite ó rechaza, niega ó afirma, evidencia ó aclara, con datos indiscutibles, no *supone* nada; y quien animado por un espíritu noble y levantado estudia una obra, y hace notar su mérito ó sus defectos, no *cavila*, sino usa de un derecho que nadie desapasionadamente puede ni debe disputar á cuantos critican dentro de las formas convenientes.

Dice tambien el folletin, con las palabras subrayadas tal como las copiamos:

«Queda, pues, declarado que *todas las poesías* que aparecen en el tomo publicado y las que aparecerán en el 2º son de Gabriel de la Concepcion Valdés (a) Plácido el poeta; y deberá tenerse en cuenta que *todas vieron la luz pública durante la vida de su autor y no despues de su muerte* (como ya he dicho) á no ser ambos sonetos *A la Fatalidad*

y *Despedida á mi madre*, escritos pocos dias antes de morir, y el *Adios á mi lira*, que fué su postrer canto»

Cualquiera al leer esto supondrá que hemos negado como de Plácido tales ó cuales poesías de las que en su coleccion ha publicado el Dr. Morales; pero como que no ha sido así, solo se nos ocurre observar que una declaracion tan absoluta como la suya, y mucho más cuando se hace ante el público y con referencia á un hecho histórico, y trascendental para las letras cubanas, siempre necesita estar garantizado con pruebas fehacientes, con demostraciones palmarias, con argumentos incontrovertibles.

Esto es por cuanto se relaciona con el acto de declarar; que por lo que hace á las afirmaciones que ella contiene, lucido quedaría Vingut, y con él cuantos despues de muerto el poeta han incluido en sus libros, folletos ó periódicos respectivos, poesías inéditas (*ineditas*, segun el Diccionario de la Lengua,) si pudiera aceptarse que todas las composiciones del *Plácido* de Morales *vieron la luz pública durante la vida de su autor y no despues de su muerte*.

Ahora habla el Dr. Morales de *sindéresis literaria*.

¿Para qué? Para preguntar si quien la tenga puede «desconocer el estilo de Plácido.»

Pudiéramos limitarnos á contestar que para conocer el estilo de Plácido, lo primero que hay que saber es si lo tuvo propio, ó si solamente lo que hizo fué pretender imitar el del autor que acababa de leer, segun ya hemos consignado en *El Plácido de Morales*.

Pero á mayor abundamiento, léase el párrafo que á éste respecto escribió Piñeyro (pág. 205) en sus *Estudios y Conferencias*:

«¿A quién imita Plácido? A nadie, ó mejor dicho, á todo el mundo. Cuanto leía se reflejaba en su mente, y la reproduccion siempre era con poca fortuna, pues la asimilacion no había tenido lugar de una manera completa.»

Ya ve el coleccionista como no estamos solos con nuestro parecer, salvo que ahora opine que Cuba ha producido un crítico eminente llamado Enrique Piñeyro, pero ¡falta de *sindéresis literaria*, por no haber conocido el estilo de Plácido!

Tampoco conceptuamos muy razonable que sea el Dr. Morales

quien, aunque embozadamente, nos pueda decir que carecemos de *sindéresis literaria*, por el motivo de opinar que no es el estilo propio cualidad que deba buscarse en el poeta habanero. ¿Tuvo muy presente todo lo que vale dicha *sindéresis*, para no admitir todas las alteraciones que se notan en las buenas poesías, de su *Plácido*? ¿La tuvo presente cuando determinó incluir tanto como hay en su libro, que ningún favor hace al buen nombre de Gabriel de la Concepción Valdés? ¿Cree por ventura que haya razón de echarnos en cara la falta de *sindéresis literaria*, cuando no es ella por cierto la cualidad que más se manifiesta en la preparación de su libro?

Indudablemente, que no es de falta de *sindéresis literaria* de lo que debe acusarnos el Dr. Morales.

DOMINGO FIGAROLA Y CANEDA.

(Se continuará).



EL GIAOUR (1).

FRAGMENTO DE UNA HISTORIA TURCA POR LORD BYRON.

(Traducción dedicada á mi hermano Antonio).

Ni un hálito siquiera la onda riza
Que rueda al pié de la alta sepultura
Do yace el Ateniese: en la escarpada (2)
Roca, brillando, envia al marinero
Esa tumba preciada
El saludo primero
Cuando torna á su hogar. ¡Cómo descuella
Sobre esa tierra que él salvara en vano!
¿Cuándo, para terror de su tirano,
Otro héroe igual ha de nacer en ella?—

.....

(1) *Giaour*, pronúnciese *Yáúr*, equivale á «infiel», epíteto dado por los turcos á los que no profesan la religion mahometana.

(2) Suponen algunos que la tumba que se ve sobre las rocas del promontorio es la de Temístocles.

¡Hermoso clima! Plácida sonríe
Toda estacion en esas fortunadas
Islas que, si de lejos contempladas,
Desde la altura de Colonna, el pecho
Del que las mira ansioso
En deleite purísimo enagenan,
Y hasta en la soledad el alma llenan
De encanto misterioso.
La faz del Océano,
Dulcemente ondulosa,
Refleja el rico tinte de las cimas
Que en sus claros cristales
Reproduciendo van las gayas olas
Que bañan esas islas encantadas,
Edenes de los mares orientales.
Y si á momentos transitoria brisa
Turba la paz del líquido elemento,
O una flor de los árboles desprende,
¡Cuán grato es cada aliento!
¡Qué fragancia suavísima trasciende!
Porque allí ¡cuán ufana
En valle, prado, ó en vergel, la rosa,
Del ruiseñor sultana, (1)
La doncella por quien sus melodias
Y sus canciones mil se oyen do quiera,—
Florece,—y el rubor en su megilla
Cuando su amante la enamora, brilla.
Del ruiseñor y del pensil la reina,
La rosa, de los vientos respetada,
Y de las nieves y punzantes hielos,
Libre de los inviernos de occidente,
De toda brisa y estacion mimada,

(1) Los amores del Ruiseñor y de la Rosa son una fábula persa muy conocida. Uno de los nombres del ruiseñor es el de «Bulbul de las mil historias».

Al empíreo devuelve, incienso puro,
La rica esencia de que fué dotada;
Y, agradecida, al cielo sonriente
Ofrece el arrebol de su belleza,
Y el fragante suspiro dá al ambiente.
¡Cuánta flor luce allí su gentileza!
¡Cuánto bosque que al amor convida!
¡Cuánta gruta al reposo,
Que convirtió el pirata en su guarida!
Su barca, oculta en un recodo, acecha
La prora del pacífico viajero,
Hasta que se oye resonar lejana
La guitarra de alegre marinero,
Y se muestra la estrella de la tarde.
Entónces, deslizándose en silencio
Con asordados remos, al abrigo
Que dá la sombra de saliente peña,
Sobre su presa el pérfido enemigo
Se arroja de repente, y, despiadado,
Trueca en gemidos su canción risueña.
¡Cuán singular! que aquí do la Natura
Se complació en formar una morada,
Cual si fuese á los dioses destinada,
Y cuánta gracia existe y hermosura.
Y gloria y esplendor, unirlo quiso
En este su encantado paraiso,—
Sólo del mal el hombre enamorado,
Lo trueca en un desierto desolado,
Y pisotea, como airada fiera,
Toda inocente flor que ni siquiera
Le demanda un instante
De arduo cultivo, ó de labor penosa
Para su cáliz entreabrir fragante
En la bella region maravillosa;
Sino que brota del fecundo suelo

Cual previniendo su fatiga, y, leda,
Le pide dulcemente le conceda
Vivir las horas que le ha dado el cielo.
¡Cuán singular! que aquí donde respira
Todo contento y paz, fieras pasiones
Abrasan los humanos corazones,
Y el hombre á destruir tan sólo aspira;
Cual si obtenido hubieran la victoria,
Contra los serafines del Eterno,
Aquellos que del sόlio de su gloria
Lanzados fueron al profundo averno,
Y en la sublime celestial alteza
Imperaran las huestes del infierno:
Tan grande es el encanto, la belleza
De esta region para el amor formada!
¡De sus tiranos, tal la abominada
Potencia para el mal y su fiereza!

Quien fijó en un cadáver las miradas
Antes que del no sér la hora primera,
La primera, sombría de la nada,
La postrera de angustias y de penas,
Hubiese trascurrido; antes que el dedo
De la muerte, que nada intacto deja,
Los rasgos y contornos destruyese
En que aún sobrevive la belleza,
Y observó el aire angélico, tranquilo,
El éxtasis de paz que el rostro ostenta,
Y aquellas líneas fijas, si suaves,
Que la mejilla lánguida serpean;
Y á no ser los opacos, tristes ojos,
Que ni llanto, ni amor, ó fuego encierran,
O por la fría é inmóvil frente
En que la muerte y su glacial inercia
Terror secreto al corazon infunden



Del que afligido, ansioso la contempla,
Cual si esa vista compartir le hiciese
Ese fin y destino que le arredran,
Del que sus ojos apartar no alcanza;
¡Ay! y á no ser por esas tristes huellas
Y estos funestos signos, una hora,
Momento de ilusion, dudas tuviera
Del poder destructor de ese tirano:
¡Tan dulce, tan hermosa, tan serena,
La muerte misma en su primer aspecto,
Y el último á la vez, se nos revela!
Así, con ese aspecto, á nuestros ojos
De esta region se ofrecen las riberas:
Es Grecia, sí; mas ¡ay! Grecia sin vida!
Tan triste, fría, inertemente bella,
Que nos estremecemos al mirarla
Viendo que en ella un alma ya no alienta.
Aquí en la muerte se halla aquel encanto
Que ni el suspiro postrimer se lleva;
Esa belleza de funesto lustre
Que aún en la misma tumba no se altera;
De extinta animacion postrer reflejo;
Aureola evanescente que se ostenta
Cabe las ruinas; última vislumbre
De un sentimiento que por siempre cesa;
Chispa de aquella llama cuyo origen
Acaso es celestial, que si flamea
Y vierte luz, en su dorada arcilla
El calor de la vida ya no alienta.

¡Region de los valientes no olvidados!
Tierra que desde el monte á la llanura
Fuiste de Libertad hogar y asilo,
O á la Gloria ofreciste sepultura!
¡Santuario de inmortales! ¿Darse puede,

¡Oh Grecia! que esto sólo de tí quede?
Esas, responde, esclavo que te arrastras,
¿No son, dí, las Termópilas famosas?
Vástago vil de aquellos hombres libres,
Dime, ¿qué mar es ese, qué ribera
Esa que baña su onda cristalina?
¡El mar y roca son de Salamina!—
Alzate; y al recuerdo de su gloria,
La antigua patria para tí reclama;
Hazla tuya otra vez: arda en tu pecho
De tus abuelos la sublime llama;
Y el que en la lucha desigual espire.
A su antiguo renombre
Agregará también temido nombre
Que á los tiranos hondo miedo inspire.
Un nombre que de ejemplo y esperanza
Sirva á los hijos, y con pecho fuerte
Al yugo vil prefieran noble muerte:
Que una vez comenzada
De Libertad la lucha, traspasada
Del moribundo padre como herencia
Al hijo, aunque frustrada con frecuencia,
No muere su memoria,
Y acaba al fin por obtener victoria.
De ello, Grecia, tus campos son testigos,
Y tú misma eres página viviente
De una gloriosa é inmortal historia.
Y mientras en el polvo confundidos
Monarcas en pirámides sin nombre
Yacen en densa oscuridad sumidos,
Tus héroes, aunque el tiempo la columna
De sus sepulcros haya derribado,
Tienen del patrio suelo en las montañas
Un monumento más grandioso alzado;
Y allí tu musa al extranjero muestra,

De tu gloria fanales,
 Las tumbas de esos héroes inmortales.
 ¡Cuán largo fuera referir, y cuánto
 El alma llenaria de tristeza,
 Cómo á tanta ignominia y tal quebranto
 Descendió paso á paso tu grandeza!
 Baste saber que nunca el extranjero
 Hubiera tu alma libre sometido,
 Si tú misma, primero,
 No hubieses de tu altura descendido:
 Tu vil abatimiento abrió la via
 Al déspota y la horrible tiranía!—

¿Qué dirá quien tus playas hoy visite?
 No una leyenda de tu antigua gloria,
 No un alto tema que á la lira arranque
 Cantos como entonó con noble anhelo
 Tu libre musa un dia,
 Cuando el hombre era digno de tu suelo.
 En vez de los altivos corazones
 Que tus valles nutrian;
 De las almas que intrépidas habrían
 A sublimes acciones
 A tus hijos guiados, ¿qué contemplas?
 Desde la cuna ahora hasta el sepulcro
 Las miras arrastrarse cual reptiles,
 Siendo, demás de esclavos,
 Tristes esclavos de otros siervos viles. (1)
 Insensibles y á todo indiferentes,
 Pero no para el crimen; infectados
 De los vicios que el hombre al bruto acercan;
 Sin tener las virtudes del salvaje,

(1) Cuando Byron escribió *El Giaour* (1813), Grecia estaba sometida á los turcos, y Atenas, como él mismo dice, era la propiedad del Kishlar Agá (el esclavo de guardar á las mujeres del serrallo), quien nombra al gobernador de la ciudad.

Ni alma libre, ni pecho valeroso.
 Mas desplegando en los vecinos puertos
 La astucia proverbial y antiguas artes,
 Que han hecho que su nombre sea famoso.
 ¡A extremo tal tus hijos han llegado!
 Así al griego sutil se reconoce,
 Y tan sólo por esto es renombrado!
 La libertad en vano intentaría
 Inflamar esas almas que á sus duras
 Cadenas están hechas; ó las frentes
 Alzar que voluntarias á su yugo
 Se humillan y á los piés de su verdugo.—
 Mas hoy yo sus dolores no lamento;
 Aunque la historia que decir intento
 Es triste por demás; y los que oido
 Presten, comprenderán cuán lastimera
 Hubo de ser, y cuánto habrá affigido
 Al que la oyó narrar por vez primera.

.....

 En el azul del mar, léjos y negra
 Se adelanta la sombra de las rocas;
 El pescador la toma por la barca
 De pirata insular ó de Mainota.
 Temiendo por su esquife, cáuto evita
 El abra, si cercana, sospechosa;
 Y aunque abrumado ya con la faena,
 Rendido de fatiga, siendo ahora
 Un peso grave la abundante pesca,
 Lento, pero con mano vigorosa
 Los remos mueve, hasta que al fin divisa
 Seguro puerto; inclina hácia él la prora,
 Y gozoso entra allí cuando comienza
 La noche del Oriente esplendorosa.

.....

¿Quién viene tronando, con riendas flotantes,
En rápido, negro, fogoso bridón?
Del casco de hierro, del látigo rudo,
Las hondas cavernas devuelven el són.

La espuma que baña del bruto el costado
Parece la espuma nacida del mar:
El mar al fin halla reposo: el jinete
No puede en su pecho reposo encontrar.

Si acaso mañana terrible tormenta
Furiosa agítase del mar la onda azul,
La calma ella fuera junto á esas borrascas
Que en tu alma se agitan ¡oh jóven Giaour!

No sé, no, quien eres; mas odio tu raza,
Y ese odio en tí hay algo que intenso lo hará:
Y aunque eres aún jóven, tu pálida frente
Por fieras pasiones surcada ya está.

Clavados en tierra los ojos siniestros,
Pasaste á mi lado cual negro huracán:
Mas ví que eres uno de aquellos que deben
Matar, ó que evitan los hijos de Osmán.—

(Se continuará).

FRANCISCO SELLEN.



NOTAS EDITORIALES.

LIBROS NUEVOS.

I.

REFLEJOS DE FRAY CANDIL, *por Emilio Bobadilla.*

En Cuba tenemos de todo; mejor dicho, en Cuba importamos de todo. Si hubiera aduana literaria sus rentas podrían ser pingües. Ahora se usan en Francia los iconoclastas literarios; pues ya los hay en Cuba. Solo que allá derriban estatuas de bronce, por lo ménos; y aquí se contentan con figuras de barro. Ni siquiera terra-cotta. De esto resultan algunas desventajas para nosotros; que hemos de contentarnos con los inconvenientes del procedimiento, sin alcanzar lo que tiene á ratos de divertido. Porque, al fin y al cabo, la sorpresa y el asombro se aunan para estimular la curiosidad, cuando el ídolo asaltado—ya que no derribado, que eso es más difícil—es un dios tonante y se llama Víctor Hugo; ó un Apolo de blonda caballera y lira de oro, á quien dicen Alfonso de Lamartine; y hasta cuando es un modesto Dios-Término, de dos caras, y responde por Erekmann-Chatrrian; pero ¿á quién pueden interesar los solecismos consuetudinarios de don N. N., la inocente bambolla de don X. X., ni la incurable falta

de sindéresis del señor Z. Z.? Así es que nuestros iconoclastas están como los espectadores del *retablo de las Maravillas*, dando voces contra leones rapantes y osos colmeneros, que ni siquiera son títeres de cartón pintado.

Después de todo, de esto no parece resultar otro daño que la pérdida de tiempo; y cada uno es dueño de hacer del suyo lo que bien le plazca; mas hay un inconveniente mayor. El criticar por sistema es lo más radicalmente opuesto al verdadero espíritu crítico. Los que tal hacen son excesivos en la censura y en el elogio; porque en realidad les falta la cualidad principal, la característica del crítico: la percepción justa de las proporciones. En el fondo, el criterio último de nuestros juicios es nuestro gusto, por más que sean pocos los que lo reconozcan ó lo confiesen; pero un verdadero crítico se diferencia del que no lo es, en que el primero trae á la confrontación con lo que le place la mayor suma posible de objetos gratos á otros, admite al lado de su gusto, los gustos ajenos, y aprende á salir de sí mismo, para colocarse en cuanto le es posible en la situación del objeto de su crítica. Vive en medio de lo relativo, lo sabe, y desconfía de las decisiones categóricas. El otro procede á la inversa, ó no procede de ningún modo; su gusto es su ley y su medida, no critica, dogmatiza. Esto sin perjuicio de tronar contra los dictadores y gritar: ¡abajo los ídolos!

El libro del Sr. Bobadilla, *Reflejos de fray Candil*, es obra de uno de nuestros iconoclastas; es decir que hay en él mucho desenfado, rasgos de talento, párrafos muy picantes, algunas muestras de franqueza, su poquito de petulancia, poca sinceridad y ninguna crítica.

No negaremos, ántes al contrario lo decimos con mucho gusto, que, en medio de la estéril uniformidad con que se prodigan aquí los mismos encomios á todo lo que se imprime, á todo lo que se dice y hasta á lo que meramente se proyecta, se leen á veces con agrado las genialidades con que el Sr. Bobadilla interrumpe de vez en cuando ese concierto monótono; ni tampoco que, cuando se olvida de su papel de original y despreocupado y sigue por un rato su genuina inclinación, escribe con brío y encuentra sin esfuerzo pensamientos felices, y los sabe expresar con llaneza y concisión, que sientan siempre bien á lo bien pensado. Pero, por desgracia, el Sr. Bobadilla es esclavo de

varios pruritos que afean sus buenas cualidades y malean su natural, hasta comprometer gravemente su salud . . . literaria. *Fray Candil*, por ejemplo, aunque lo niega con cierta ironía modesta, tiene el prurito de escribir correcta y castizamente. Por eso es gran cazador de gazapos gramaticales. Pero la verdad es que su sintáxis resulta demasiado caprichosa para un censor de solecismos, y que sus giros castizos huelen todos á contrabando. Parecen aprendidos en los *pastiches* que nos regalan como buena prosa castellana los Sres. Fernandez Guerra y Menendez Pelayo. Este trocito es muestra de lo mejor del paño: «Que Nuñez de Arce sea un político de pacotilla, de algo más vaca que carnero que diría Cervantes, ó con más de conservador que de liberal, que digo yo, etc.» ¡Oh no! Cervantes no diría tal; ni aún por el honor de encontrarse *vis-á-vis* con Fray Candil. Todavía no hemos podido acabar de imaginarnos que efecto haría á cierto señor Perillan, la estupenda leccion que le dirige con admirable aplomo nuestro fraile gramático, diciéndole: «El acusativo, cuando se refiere á cosas, NO RIGE con la preposicion á.» Por muy buena pasta que tenga, suponemos que se habrá amoscado, porque ciertamente es difícil tropezar con más graciosa manera de trocar los frenos.

Otro prurito del Sr. Bobadilla es mostrarse docto y citar autoridades. No hay página en que no halague la vista algun nombre célebre, eso cuando no acuden en falanje compacta á llenar los párrafos. Y á la verdad citar á Göthe y hablar de su *poética profundidad*, porque dice que dijo que un misterio impenetrable nos rodea, es tener comezon de citar, pues ántes de Göthe lo han dicho millares y despues lo dice cualquiera. Hay, sin embargo, un pasaje en que vamos á detenernos, porque nos parece característico de la especie de atolondramiento con que se entrega Fray Candil á su afan de apuntar nombres de autores, sin pizca de respeto por los que lean las citas. Es la primera parte de un artículo sobre *La Pasionaria*, y consta solo de siete párrafos. En el primero el nombre culminante es el de Hegel, de quien escribe: «Hegel . . . y otros afirman que el objeto del arte no es otro que el de expresar la verdad mediante formas sensibles.» No sabemos quiénes son esos otros; pero lo que es Hegel afirma algo bastante distinto. Dice que el arte «crea intencionalmente *imágenes*, apa-

riencias destinadas á representar ideas, á mostrárnos la verdad bajo formas sensibles;» (1) pero no hablando de su objeto, sino de su origen, como forma de la actividad práctica del hombre; y cuando trata en capítulo aparte del objeto del arte, asevera textualmente que «el verdadero objeto del arte es representar lo bello,» y ya ha dicho antes que lo bello es la armonía en la naturaleza y en el espíritu; por medio de la cual desaparecen todas las contradicciones. (2) Es cita que ha debido pasar por más de un alambique.

En el párrafo tercero no figura Hegel; pero sí uno de sus más devotos discípulos. Se queja el autor de que ataquen al naturalismo por su fealdad, «como si ésta no fuera un elemento importantísimo en las producciones artísticas, según lo demuestra Rosenkranz en su *Estética de lo feo.*» Algun curioso impertinente podría preguntar, y ¿por qué Rosenkranz? ¿Por qué ha señalado el papel de lo feo en el arte? Antes que él lo habían hecho otros, y en los propios términos que él Schelling. El mismo lo reconoce. ¿Por la importancia que dá á la idea de lo feo en la producción artística? Mayor se la dá Weisse, para quien lo feo es la forma primera é inmediata de lo bello, y lo coloca entre lo sublime y lo trágico; mientras Rosenkraz lo considera un medio término entre lo bello y lo cómico. Pero no es esto lo picante del caso, sino que nada conviene menos á la defensa del naturalismo que la teoría de Rosenkranz, el cual acepta la fealdad en el arte, como otros muchos estéticos, pero de muy diversa manera que románticos y naturalistas. Léjos de preconizar la imitación de lo llamado por él la naturaleza común ó empírica—la que presume copiar Zola—pretende que el arte debe *idealizar* lo feo, y dice más, *purificarlo*. Por más que estas expresiones no tengan en su pluma la significación corriente, siempre colocan su concepto de lo feo en el arte en pugna abierta con el de los naturalistas (3). Hay títulos engañosos.

(1) *Esthétique*. Trad. française de Bénard. *Introduction. Principe de l'art*. Página 17.

(2) *Ibid.* *Bút de l'art*. P. 22.

(3) Los que no puedan consultar la obra de Rosenkranz encontrarán una exposición muy sustanciosa en el artículo de Bénard *L'esthétique du laid*, publicado por la *Revue Philosophique*, tomo IV. pág. 233.

En el párrafo cuarto obsequia sin empacho de conciencia á Cláudio Bernard con una doctrina, según la cual «las condiciones de existencia de todo fenómeno son las mismas en los cuerpos orgánicos y en los inorgánicos.» Este, á la verdad, es un falso testimonio. Precisamente lo sustentado por los partidarios de la identidad fundamental de las fuerzas que se manifiestan en los cuerpos orgánicos é inorgánicos es que lo que cambia en ellas son las condiciones de existencia. El fenómeno, que sería químico si se tratara de las moléculas de un cristal, es biológico cuando se trata de las células de un tejido; las fuerzas que obran en ámbos son las mismas; pero han cambiado las condiciones de su manifestación. Y lo es doblemente cuando se atribuye á C. Bernard, que admite sin ambages, aunque quizás no sin metáfora, dos causas en los fenómenos vitales, la primera *legislativa* y *directriz* de la vida, la segunda *ejecutiva*, y solo ésta de naturaleza físico-química. (1)

En el séptimo, modelo en su género, se le antoja *La devoción de la Cruz* nociva para la salud de las almas, dice que el pueblo griego admiraba á Aristófanes por la *piEDAD* de sus obras, que en los dramas y más aún en los autos sacramentales de Calderon abundan obscenidades que habrían ruborizado á Pigault Lebrun, que «el P. Mariana se escandaliza de la introducción de las mujeres de mala vida en las iglesias con motivo de los espectáculos teatrales;» y que «Quevedo dice algo también en su *Memorial de las indulgencias á los devotos de las monjas*, apropósito de lo mismo.» Cualquiera podría repetir aquí á Fray Candil lo que el Sarmiento de Cervantes al hablador Roldan: —¿No echa de ver que me dice bernardinadas? Pocas veces hemos leído pepitoria igual de errores é inexactitudes. Y todas fuera de propósito. Lo de Aristófanes y lo de Calderon no tienen atadero; Mariana no dice tal cosa; reprueba las representaciones en general, muy en especial las representaciones en las iglesias, y entre otros argumentos trae el de la parte que en ellas toman *mujeres de excelente hermosura, de singular gracia, de meneos y posturas*, en una palabra, como

(1) Véase un pasaje terminante en su estudio *Du progrès dans les sciences physiologiques*. *La Science expérimentale*, p. 53.

dice él mismo, mujeres *faranduleras* ó sean cómicas, pero no habla de mujeres de mala vida; añade solo que Tertuliano asegura que *en su tiempo* salían á la escena ramera. (1) Todavía es peor lo de Quevedo. Ni hay obra suya con ese título, ni en la llamada *Memorial de D. Francisco de Quevedo pidiendo plaza en una academia, y las indulgencias concedidas á los devotos de monjas* se encuentra una palabra de mujeres públicas en las iglesias, ni de representaciones dentro ni fuera del templo. Es un memorial dirigido al *Cabildo del Regadeo*, el cual en contestacion le manda escribir ciertas indulgencias para los que se dedicaban á galantear monjas, género de galanes que entónces se usaba. (2)

Todavía en esos siete párrafos se cita á Moratin, Zola, la señora Pardo Bazan, Boccaccio, Lopez Bago, Santo Tomás de Aquino, Lope, Tirso de Molina y Valera. Y todo para decir que el naturalismo no es una indecencia, ni moralizar el fin del arte. Bien creemos que el señor Bobadilla podía probar con buenas razones ámbos extremos, sin meter en la colada tantos nombres, con todo lo demás que se ha visto. (3)

Y ahora viene el último prurito de Fray Candil, de que nos proponemos hablar. Fray Candil, aunque no abiertamente, él lo dice, es naturalista; esa es su propension, y no hay que darle vueltas. Pero

(1) En el Cap. VIII del *Tratado contra los juegos públicos*.

(2) Se halla el opúsculo por primera vez completo en el tomo 2º de las obras de Quevedo, que publicó D. Aureliano Fernandez Guerra. P. 472. Ed. de Rivadeneyra.

(3) Esta comezon de citar ha llegado al extremo de estampar Fray Candil en un artículo reciente, posterior á su libro:

“Tú, oh Cánovas,

Tú eres rey de los reyes é de todo el mundo Padre,

como dice Jimena al Cid.” Esto supone, por lo ménos, el más profundo desden hacia el lector. Ya no es traer una cita á contrapelo; es poner lo primero que se viene á la pluma, que tenga la apariencia de significar algo. Del mismo contexto del verso se desprende que no se lo dice Jimena al Cid. Es el final de una oracion, sacada del *Poema del Cid*, que anda en todas las colecciones de trozos selectos o no selectos de literatura española, desde el *Tesoro* de Quintana.

si se examinan los títulos de este naturalismo, quizás se encuentre que es tan pegadizo como la erudición de que hemos dado muestras ántes. No se busque, en sus *esbozos realistas*, la observación directa del individuo humano, no hay que contar por tanto con su reproducción más ó ménos exacta. Sus personajes son convencionales; así lo demuestra su extraño parecido. Todos hablan y escriben, en cualquier circunstancia, con el estilo de Fray Candil en sus artículos y folletines. Este escritor, además, ha visto poco la naturaleza, y no la ha sentido; así es que no sabe describirla. Sus descripciones parecen, y quizás sean, copias de copias. Se echa de ver que lee de prisa cuanto le cae á la mano, y que luego recuerda unas veces bien, otras mal. En cuanto á su procedimiento general puede reducirse á estas dos fórmulas: desentrañar los móviles mezquinos en las acciones, y los elementos impuros, la escoria, en los sentimientos humanos; y expresarlos con el color más subido, sin retroceder ante la expresión más cruda. Nunca hemos acabado de comprender por qué ha de ser lícito á una persona bien educada escribir lo que no le es lícito decir. Hay virtudes muy superiores al decoro; pero el decoro es una virtud. Y luego una palabra mal sonante no basta para constituir un rasgo de naturalismo.

Como éstos son los defectos principales del libro del Sr. Bobadilla, basta su exposición para el fin que nos hemos propuesto, sin detenernos en la forma, que choca y desagrade por lo desigual, aunque á veces adquiere soltura y vigor, no indignos de una buena pluma. Así y todo consideramos su estilo lo más susceptible de pulimento y mejora; con tal que sacrifique las frases campanudas que le gustan demasiado, y aún las vacías de sentido que deja escapar de cuando en cuando. Respecto á lo que podemos prometernos del escritor y sus futuros trabajos, creemos que si el Sr. Bobadilla se decide á ser naturalista de verdad, es decir á observar pacientemente, y sabe interpretar con acierto la naturaleza; si se decide á citar con parsimonia y solamente lo que conozca bien, que puede ser mucho y bueno; si se decide á dejar en paz los desaciertos gramaticales ajenos y á cuidar más de los propios, no es dudoso que logre darnos cualquier día un libro mucho mejor que los *Reflejos*.

No decimos que llegará á ser crítico, porque los iconoclastas ó no se enmiendan ó se enmiendan tarde. Su objeto no es aquilatar el valor de las obras que juzgan, ni separar el oro de la escoria, sino producir efecto con sus sarcasmos y deslumbrar con las paradojas que inventan ó exhuman. No elogian por entusiasmo; ni atacan por fanatismo. Redoblan sus golpes sobre el objeto de su ira ficticia solo por hacer ruido, y obligar al transeunte á volver la cara. En una palabra, adolecen de un mal antiguo, tenaz y muchas veces grave; á que Montaigne dió un nombre muy expresivo: *affectation ambitieuse*. Nos alegraríamos de que el Sr. Bobadilla se curase pronto y radicalmente; pero no descubrimos en él indicios, ni deseos.

II.

CARMELA, por Ramon Meza.

Cuando uno es niño dice: ¡qué bellos son los nidos! cuando uno es hombre lo más que dice es: ¡qué bellos *fuera*n los nidos, ocultos entre las frescas y verdes hojas, donde pian y aspiran al aire, á la luz, al espacio, los recién plumados pajarillos, si el diente voraz de la sierpe ó la dura mano del rapazuelo cazador no estuvieran siempre á punto para destruir tanta belleza ó aprisionar tanta libertad! Lo más triste de la existencia humana—toda ella tan triste—es el desarrollo lento, pero implacable, de los aspectos trágicos de la naturaleza y de la vida, que se va verificando á nuestra vista, á medida que cargan sobre nosotros los años. En torno del verjel, dentro del verjel, descubrimos al cabo el erial; y presentimos la más risueña é impetuosa mocedad asediada por todas las asechanzas sombrías y pérfidas de la desgracia. El amor que generalmente nos inspiran los niños no es en el fondo sino la más profunda, insaciable compasión. Allí están en gérmen todos los dolores humanos, vestidos con el disfraz caedizo de la inocencia y la alegría.

¡La inocencia! ¿Qué importa la inocencia á la invisible mano de hierro que reduce á polvo con igual indiferencia los destinos brillantes y los modestos, lo que resplandece y lo que se oculta? No importa

ser inocente, ni vivir recatado, ni pedir la menor porcion de los dones de la vida; áun encontrar dorados los hierros de la prision debe ser un delito, y la alegría un crimen y hasta la resignacion una protesta. O bien es la naturaleza que te aplasta entre sus tremendas masas imponderables, sus leyes fatales y ciegas, y entónces el aire mefítico te envenena ó el parásito invisible, cuando no troncha en flor tu vida, te condena á inacabable sufrimiento; ó es la sociedad que te sacrifica implacable, aquí al fanatismo religioso, acá al fanatismo de casta, en todas partes, en todas las épocas el fanatismo absurdo y por eso más poderoso de su vanidad encumbrada, deificada, con sus ritos, sus ceremonias y su código; la sociedad que hace de tus planes, acariciados dulcemente en lo íntimo del alma, juguete vil de su desprecio, y reduce á escombros el edificio de tu felicidad soñada, para abrir más ancho cauce al torrente de sus preocupaciones.

El arte en sus manifestaciones supremas es trágico ó es humorístico; ó el dolor severo ó la risa dolorosa. Porque en la naturaleza y en la historia, desde el punto de vista de la sensibilidad, que es la region del arte, lo que predomina es el dolor. ¿Hay algo más interesante, más artístico que la Polyxena, del teatro griego, doncella feliz que ama la vida y la dulce claridad de los cielos, nacida en el trono, prometida de reyes, á quien sorprenden la esclavitud, la miseria, el papel de víctima propiciatoria, y se adelanta á la muerte serena, tranquila, diciendo con voz entera su adios patético á la naturaleza, que le había sonreído, y á los suyos, que la habían amado? Solo la Juana Grey de la historia, la niña de diez y siete años, que escribe momentos ántes de entregar al verdugo su cabeza inocente, que había ceñido una corona efimera: «Hay el dia en que se nace y el dia en que se muere; el de la muerte es el mejor.» No se necesita que el artista se lamente; basta que sienta y refiera. Y como el dolor es inagotable, el arte lo es tambien.

Aquí tenemos un libro, de cortas dimensiones, que nos refiere una breve historia, que empieza como una aurora de mayo, con mucha luz, mucha fragancia y el rumor universal de la vida que brota y bule en la savia y en la sangre nueva, y se acaba presto, como tarde bochornosa, á que han faltado el sol y la brisa refrigerante, y en que

se apetece la oscuridad y el silencio de la noche. Es la sencilla narración de un caso, como hemos visto muchos; de una existencia que algo—dirémos la fatalidad—quiebra porque todo en ella es demasiado frágil para resistir una presión brutal; de una joven que fué criada con mimo, que vivía contenta, que amó, y fué amada y burlada, no por su amante sino por la posición y la educación y los instintos de su amante, con el favor y la complicidad de todo un orden social. Iba ella por un camino llano, pero había al lado un precipicio oculto, fué impelida, cayó, volvió á levantarse, y al fin tornó á rodar, no sabemos donde. El hecho es tan sencillo, tan frecuente, tan natural, que no se concibe que pueda interesar. ¡Ah! nada hay más interesante que lo sencillo, frecuente y natural, cuando logra tocarnos y conmovernos, haciéndonos recordar que por todos estos caminos nos pone asedio el dolor. Como somos unos entre tantos, nos reconocemos en éstos que ahora sirven de ejemplo. Esa historia vulgar es en verdad interesante, y el señor Meza ha sacado partido de ella, al concebirla y al presentarla al lector. Ahora ha escrito una novela. A nosotros los cubanos no nos interesará más que á otros lectores; pero nos gustará más; porque la observación ha madurado rápidamente en el autor, y el cuadro que ha dibujado para sus personajes tiene excelente colorido local. Hay más, y esto es lo que hace realmente que su novela sea de costumbres cubanas; el resorte oculto de la acción, el elemento trágico de ella está precisamente en nuestro modo de ser social; es nuestra sociedad lo que envuelve y penetra los personajes, los mueve y da la razón de sus acciones. Cada uno de ellos es como es, porque ha nacido ó vive en Cuba; colocados en otro medio social, sus actos y el desarrollo del drama en conjunto habrían tomado otra forma ó carecerían de sentido. En esto estriba precisamente el tono, ó el colorido, ó el sabor local; no en las meras descripciones ni en el color de los personajes. Además en estas páginas en que el autor no ha hecho gala de naturalismo, ha sido verdaderamente, sin esfuerzo, naturalista. Sus personajes principales viven de veras, los conocemos, los hemos tratado; ha diluido en su obra los elementos cómicos, y hasta los bufos, con habilidad, en la proporción en que se encuentran en la naturaleza, casi nunca aislados, pero avivando el contraste con

lo patético que domina. Así es realmente la vida; y así la reproduce el arte.

No negaríamos que todavía el cincel tropieza á veces con alguna dureza de la piedra y se desvía; la mano está más firme, pero aún no tiene toda la seguridad necesaria; no negaríamos que aún chocan al lector de cuando en cuando extrañas impropiedades de lenguaje, por más que el estilo gana visiblemente en soltura y precisión; pero todo esto es secundario; y considerada en conjunto *Carmela* es una de las más bellas novelas que se han escrito entre nosotros. Parece una hermana menor de *Cecilia Valdés*, pero con no pocos de los atractivos de la mayor.



MISCELANEA.

EL LIBRO DEL SEÑOR VALDÉS DOMINGUEZ.

Los pueblos no deben olvidar. Pueden los gobiernos, para quienes las más de las veces la justicia es arma al servicio de sus pasiones, dejar impunes los atropellos más tremendos á la humanidad y el derecho; pero la conciencia pública, cuando al cabo se erige en tribunal reparator, debe imponer estigma indeleble sobre las frentes de cuantos han teñido sus manos en sangre de víctimas. La indignacion de un pueblo abrumba; y pesa en ocasiones más que la cadena del galeote. El señor don Fermin Valdés Dominguez, al referir, en toda su trágica sencillez, el drama abominable de que fué teatro la Habana el 27 de Noviembre de 1871, no sólo ha servido á los intereses de la historia—que son de orden puramente abstracto—sino que ha servido á la más alta de las causas, á la de la justicia social, reavivando en el corazon de los cubanos la memoria de uno de los episodios más sangrientos del terrible período de sangre y abominaciones que compone la década revolucionaria, y designando á su exacracion eterna á los verdugos de sus hermanos y á sus cómplices cobardes.

Es hermoso en todo tiempo decir la verdad y santificar la inocencia; pero lo es más cuando se dá con ello ejemplo, para que

comiencen á referirse al mundo los dolores sin medida y las injurias sin tamaño y sin nombre que cayeron sobre el pueblo cubano, y que aún llenan de secreto horror los corazones así en la choza del campesino en medio de los bosques, como en el hogar del habitante de las ciudades. Este libro no debe ser sino el primer capítulo de una obra de reparacion, de dignidad y de patriotismo.

LA LECCION DE BUENOS AIRES.

Transcribimos de *El Economista Americano*:

«Nos dá pena decirlo, porque puede parecer exageracion; pero no creémos que haya hoy país, fuera de los Estados Unidos, que merezca tanto ser estudiado como la República Argentina. Sus adelantos no son de mera fachada, como los de otros pueblos; su grandeza, pues que la tiene de veras no consiste en la abundancia inútil de recursos naturales. Lo que ha dado á la Argentina su carácter de nacion no es su pampa enorme, no es su gaucho fantástico, no es su milicia gloriosa de la independencia, no es siquiera su hermoso modo de morir cuando la tuvo sometida á su poder bestial el tirano que se produce siempre en los pueblos primitivos. Lo que saca á la Argentina por sobre los demás pueblos de la América Española, y la hace respetable á los países más arrogantes y antiguos, es su determinacion inusitada de vivir como un pueblo científico, aunque parezca atrevida la frase, de poner en accion inteligente todos los elementos modernos, de no dejar al azar caprichoso la mezcla de las cualidades que han de definirla, sino de descartar de la vida de la nacion todo elemento que no sea rigurosamente aprovechable, de criarse en lo físico con el mismo cuidado exquisito con que cria la Zootechnia sus especies perfectas. Y hace bien: que así como acelera una alimentacion sábia el predominio de las calidades útiles en el animal á costa de la absorcion ó merma de las calidades inútiles, así el propósito firme y el conocimiento claro extirpan en los pueblos en la época de su formacion los factores lentos, inertes ó nocivos.

Un detalle cualquiera, bien estudiado, revela la justicia de esta observacion nuestra; y lo estudiamos con placer, no por alabar á un

país que tiene razon para desestimar, por interesadas, muchas alabanzas, sino porque sabemos que se han de leer con gozo y estimacion en toda nuestra América.

Es un detalle sencillo: el primer número de una Revista que ha empezado á publicarse en Buenos Aires con el título, que se recomienda sólo, de *Anales del Instituto Agronómico de la Provincia de Buenos Aires*. Hojémoslo, porque vale la pena. En la segunda página, despues de un sumario de materias prácticas, hay un ruego á la prensa, impreso en francés, aleman, inglés é italiano. Entre los anuncios que preceden al texto, descuella el de la Estacion Agronómica de Santa Catalina, donde por dos pesos se analiza la calidad de las tierras, y por cuatro se hace su análisis cuantitativo, ó el de los pastos, abono, leche, papas, harina: así se sabe exactamente lo que se tiene y lo que se produce, y en qué es malo, y qué factor le falta para ser bueno, y en qué grado, y qué ha de hacerse para mejorar la tierra ó sus frutos, y si se ha de insistir en el cultivo ó abandonarlo. Al pié del anuncio de la Estacion Agronómica, se avisa al público que puede enviar grátis sus animales enfermos al Hospital de Clínica Veterinaria, anexo á la estacion. Grátis tambien dá toda la vacuna que le pida el Conservatorio de Vacuna Animal, que como el Hospital, es una rama del Instituto Agronómico Veterinario de la Provincia, donde aprende prácticamente un número crecido de alumnos el cultivo inteligente de la tierra, y la cura y fomento de los animales. Allí tiene el Instituto afamados sementales, como *El Plata*, lindísimo padrillo puro de carreras, que ya lleva servidas muchas yeguas famosas, el *Rio Negro* de raza Trakehnen, y el *Nauquen* de raza Suffolk-Punch,—la aristocracia de las crías: por supuesto hay buenos toros Hereford, Durham y Polled-Angus: con estos padres provée el Instituto de reproductores de razas á precios módicos. El Instituto es un vasto edificio, cómodo y regular, en cuyo centro se eleva una elegante torre: la administracion del *harás* está en un edificio especial, de noble apariencia.

Todo eso revelan los anuncios y las láminas. ¿Y el texto? El texto no es, como sería en otros países, aún en publicaciones de esta clase, una serie de encomios pomposos á las ventajas de la agricultura, dichas con un fraseo hueco que roba espacio para la verdadera enseñan-

za. El lenguaje, es verdad, no peca de mayor pureza, ni perdería nada con ser un poco más cuidado, aunque le sobra en espíritu lo que pudiera faltarle de atildamiento. Sólo este consejo vale por muchas lindes literarias: «No basta ganar dinero en abundancia en las grandes industrias del país: es necesario aprender la ciencia de su inversión con provecho, con método y sin desperdicios.» Pero veamos todas las noticias de obra real que nos dá este sólo número:—Se van á establecer unas nuevas «Usinas frigoríficas» para la preparación de carnes congeladas, con destino principal á Cuba é Inglaterra: hay una Oficina Química Municipal en Buenos Aires, donde se estudia «el suelo, la densidad, la composición química, el aire contenido en un volúmen dado de tierra, y el poder absorbente para el agua, la atracción capilar para el agua y el poder de absorción para las materias orgánicas y minerales,» todo para conocer de seguro las condiciones higiénicas de la ciudad, y el modo de mejorarlas. Se van á construir en la Provincia diez y siete canales, que atraerán, mejorando las condiciones de riego y aumentando las vías, nueva población agrícola, y serán pagados con el producto de una emisión de \$55.000,000 en títulos de deuda exterior, que se llamarán Bonos de Canales. Se está ensayando, con éxito, la importancia del ganado de raza charolesa, preferible á la de Shorthorns para la «mestización.» Se ha fundado en Buenos Aires con amplios auspicios un Instituto Pasteur, para impedir y curar la hidrofobia, dirigido por el ilustre médico Provano. Se trata de enaltecer en el país, que es ganadero, la importancia de la cura de animales, y crear, como rama menor del Centro Médico, una Sociedad de Medicina Veterinaria.

¡Hé ahí una sola página de la historia viva de esa noble tierra en cuya mejor Universidad apenas se enseñaba hace un cuarto de siglo teología y lengua latina! ¡Solos, tintos todavía en su sangre fresca, abandonados en un rincón ignorado del mundo, un puñado de argentinos intrépidos y generosos comenzó á levantar, y ha creado en un cuarto de siglo, una nación que no cede en empuje, riqueza y sed de progreso á la más próspera y atrevida de la tierra! ¡Oh, no: nosotros no tenemos que aprender actividad de estos pueblos fríos, que no nos saquen más que ventajas relativas, ventajas de antecedente, de

posicion y de tiempo!: ¡oh, nó, nosotros no desconfiamos de nuestra raza!

UN POETA MENOS.

JOHN GODFREY SAXE ha muerto, dice el telégrafo.... Así es que ya tambien ha partido de la tierra un cantor cuya lira resonaba como el finísimo cristal; poeta satírico que evocaba la sonrisa siempre, jamás el odio ni el despecho; que para burlarse de las contrariedades del mundo empleaba las rimas más bonitas de la lengua inglesa,

the tongue

That Chatham spoke, and Milton, Shakespeare sung;

que hizo versos tan fáciles y ligeros, tan simpáticos y espirituales que más parecen formados con el aire que pasa libre jugando, que con las palabras de ningun idioma sábio castigadas sobre el árido yunque de la Gramática por el martillo de la Retórica insensible.

La literatura inglesa conservará eternamente sus sátiras saladas de *El Progreso*, *El Rey dinero*, *El Diablo de los nombres*; y la llamada *Los Tiempos*, de tan viril amargura; y gustarán á todo el mundo tambien eternamente las descripciones del Capitan Jones, en el Nuevo Rizo Robado, y de la Orgullosa señorita Mac Bride, donde se dice que la aristocracia americana es como una enredadísima madeja formada con las venas de todos los puebls, por la que el más sagaz de los Harveys de la heráldica no podria despistar la circulacion de la sangre:

So subtle a tangle of Blood, indeed,
No heraldry-Harvey will ever succeed
In finding the circulation!

Sus composiciones: *Las cosas del Mundo*, *Mi castillo en el aire*, *Mi niñez*, *El amigo fastidioso*, *El santo de los abogados*, son simple-

mente perfectas; *Little Jerry* el molinero, es un admirable poemita cantado en flauta pastoril con dulcísimos ayes de elegía.

J. G. Saxe ha sido el verdadero poeta humorista anglo-americano, y como Longfellow, Bryant, Lowell y Whittier, es un creyente, no es optimista—contra ellos quizás escribió su sátira del Progreso—sino *meliorista*, cual conviene á vate de tan vigoroso pueblo como el suyo; las estancias finales de su *Spes est vates*, dicen esto: «No se nos ha »burlado; nó; por sarcasmo Dios no nos ha concedido un espíritu li- »bre: los ensueños del poeta no son más que la indecisa prevision de »las bendiciones que reserva el futuro! Los que amorosamente »han esperado llenos de confianza—apesar de pasajeros temores—¡cuán- »do será que vean combinados los elementos contrarios y redondeados »como esferas!» Mucho ántes aún de que se escribiese en libros la doctrina spenceriana, han tenido los poetas norte-americanos fé en la evolucion cierta de la vida toda hácia superiores complejidades.

Descanse en paz ahora el cuerpo del poeta de cuya boca, cual de colmena pobladísima, brotaron tantos epigramas, alados y punzantes como las abejas áticas; y en la region ultra terrenal ojalá que su alma encuentre una inmortalidad de dicha tan dulce como la de los instantes que sus estrofas cristalinas nos han procurado ¡ojalá! pues ninguno mejor que este poeta americano tiene derecho á entrar en el Paraiso, ya que en la mano lleva tan rica sarta de poesías que parece un rosario de límpidas perlas.—G. Z.

NECROLOCIA.

El 25 de Marzo ha muerto en Lóndres, Mr. Arthur Farre, célebre cirujano, y primer médico de la reina Victoria.

—En París falleció en el mismo mes M. E. Grangé, autor de vau-devilles muy aplaudido. Muchas de sus piezas fueron escritas en colaboracion con MM. Lambert Thiboust, Cormon, R. Deslandes, H. Trianon, de Najac, A. Wolf, Dennery y Dupeuty.

—El célebre pintor francés Guillaumet ha muerto en la primera quincena de Marzo. Habia vivido algunos años en Argelia, y sus cuadros *argelinos* le conquistaron grande reputacion.

—El poeta y polígrafo polaco José Ignacio Kraszewski ha muerto á los setenta y cuatro años de edad. Deja más de cuatrocientos volúmenes de poesías, novelas, viajes, historia, geografía y crítica. Sus obras más estimadas son los dos poemas *Anafielas* (1840-1843, 3 vol.) y *Szatan i Kobieta* (1841) y los *Recuerdos de la insurrección de 1863*.

—Uno de los más ardientes discípulos de la escuela naturalista francesa, M. Ricouard, ha fallecido en París de treinta y cuatro años de edad. Ha escrito varias novelas en colaboración con M. Vast, y con la firma Vast-Ricouard. También ha dado algunas piezas al teatro, de las cuales la más notable es *La Bamboche*.

—El 3 de Octubre del año pasado falleció en Iquitos (Brasil) el intrépido explorador colombiano Enrique Reyes. Fué el primero que navegó el Putumayo, y fundó colonias en regiones hasta su tiempo innacesibles, en el centro de la América Meridional. Fué el descubridor de los bosques de quinas del Patía, Santarrosa y Caquetá.

—M. Edouard Ernest Blavier, físico francés muy distinguido, ha muerto el 14 del pasado Enero. En los estudios recientes sobre la electricidad era considerado autoridad de primer orden. Ha dejado un *Curso de Telegrafía*, un *Tratado sobre las magnitudes eléctricas* y otros trabajos no menos importantes.

—El botanista inglés Mr. Thomás Moore ha fallecido en los comienzos de este año. Ha escrito mucho sobre botánica y horticultura, y muy especialmente sobre los helechos.

—El 24 de Marzo falleció, dirigiéndose á Port-Said, la vizcondesa Strangford, hoy célebre en Inglaterra por sus obras filantrópicas, y conocida desde jóven por su libro *Egyptian Sepulchres and Syrian Shrines*, fruto de un viaje á Oriente en compañía de una hermana mayor. La filología y la geografía la ocuparon también, y fundó un premio en Harrow para las investigaciones que las tuvieran por objeto. Su esposo fué el eminente orientalista y filólogo Percy, vizconde de Strangford.

—También á fines de Marzo murió el R. William Lucas Collins, muy conocido en Inglaterra por sus publicaciones pedagógicas y didácticas. Fué editor de la colección *Ancient Classics for English Readers*, y autor de *Etaniana* y de *Our Public Schools*.

—El 18 de Marzo murió, á los ochenta y un años, Sir William Andrew, ingeniero insigne y colonista. Se dió á conocer con un obra sobre los ferrocarriles de la India, y deja su nombre unido á los grandes trabajos en vías ferrocarrileras y comunicaciones telegráficas de esa importante region. Se le llamaba el *apóstol de los ferrocarriles*, y los ingleses lo parangonan con M. de Lesseps. Entre otras obras le dieron mucha notoriedad las tituladas: *Colonization in India and Australia compared é India and Her Neighbours* (1878).

NOTICIAS CIENTIFICAS.

Se anuncia un interesante descubrimiento arqueológico, verificado en Cádiz al practicar excavaciones en un montecillo cerca del muelle de Lacasaigne. Las noticias publicadas hasta ahora son muy confusas; pero se puede presumir que se trata de un enterramiento por lo ménos de la época fenicia.

—El americanista Mr. A. P. Maudsley acaba de publicar la descripción de las ruinas de Quirigua, que se encuentran en medio de un espeso bosque en la márgen izquierda del rio Motagua (Guatemala). Consisten en numerosos terraplenes oblongos, cuya altura varía de seis á cuarenta piés, unos aislados y otros formando grupos irregulares. A algunos se sube por escalones de piedra. Lo más notable de las ruinas son trece monolitos, tallados algunos en forma de armadillos y otros animales, y mostrando todos notables esculturas y geroglíficos bien conservados. El mayor de los monolitos, que puede pesar veinte toneladas, tiene la forma de una tortuga, y está cubierto de figuras pictográficas y geroglíficos. Es digno de notarse que las figuras representan hombres, mujeres y animales, pero ninguna hojas, ni flores. Tampoco se encuentran representadas armas de ningún género.

Ya en 1865 el alemán Scherzer habia publicado otra descripción ménos completa de estas ruinas; y tambien se trate de ellas en la conocida obra de Stephens: *Central América*.

—El doctor don Sebastian Alfredo de Morales, tan distinguido por sus especiales conocimientos en botánica, ha comenzado en esta

ciudad la publicación de una obra, sobre arboricultura cubana, fruto de largos años de trabajo, que se intitula *Flora Arborícola de Cuba*.

NOTICIA LITERARIAS.

La colonia inglesa y americana en París se disponían á celebrar la memoria de Shakespeare el 23 del corriente, con un banquete, al que habían de concurrir todos los actores de la Comedia Francesa que tomaron parte en la representación de *Hamlet*.

—Vá muy adelantado el proyecto de establecer una Academia Guatemalteca de la Lengua, correspondiente de la Española. Están ya nombrados académicos correspondientes los señores don Fernando Cruz, don Antonio Batres, don Antonio Machado, don Agustin Gomez Carrillo y don Juan Azúa Batres; quienes á su vez han de designar lo otros trece literatos que completarán la nueva Academia.

—El número de Abril del *Macmillan's Magazine* de Lóndres contiene la oda al Jubileo de la Reina Victoria, de Lord Tennyson, el poeta laureado; á pesar de su pretensioso título de *Carmen Sæculare*, no añadirá nada á su fama.

—Se ha publicado y se encuentra á la vez de venta en Roma, Turin y Florencia, un folleto considerable del Sr. A. Loria, titulado *La teoría económica della costituzione política*, que es un vigoroso ensayo para estudiar el desenvolvimiento político de un pueblo y su organización desde el punto de vista de sus elementos económicos.

—Mr. Thomas Raleigh ha dado á luz en Lóndres un pequeño libro, *Elementary politics*, en que se propone definir con toda la precisión posible los términos más usuales en materias políticas. No es posible dejar de recordar el famoso trabajo de Sir George Cornewall Lewis sobre *el uso y abuso de los términos políticos*.

NOTICIAS ARTISTICAS.

El 16 de Marzo se estrenó, con gran éxito, en la *Opera Cómica* de París la nueva obra de M. Sanit-Saëns *Proserpina*.